

Selección RNR

Última entrega



Bela Marbel



Romance Actual

BELA MARBEL

Última entrega

B de Books

Sinopsis

Ginger tiene un día de locos: casi le atropella un camión, se acaba de pelear con un taxista y, para colmo, la han mandado al último rincón del mundo a llevar un paquete. ¿Qué más podría pasarle hoy?

Ya queda poco para finalizar la jornada laboral y en cuanto haga esa última entrega se podrá marchar a su casa para disfrutar de la Navidad con los suyos... ¿o tal vez no?

Cuando la puerta del último cliente del día se abre y un atractivo desconocido la introduce bruscamente en su casa para mantenerla retenida en contra de su voluntad, no puede creerse que eso le esté sucediendo a ella.

¿Quién es ese hombre tan seductor y por qué la mantiene encerrada?

Autor: Marbel, Bela

©2014, B de Books

ISBN: 9788490198612

Generado con: QualityEbook v0.72

ÚLTIMA ENTREGA

Bela Marbel

1.^a edición: julio, 2014

© 2014 Bela Marbel

© Portada: Rosa Gámez

© Imagen portada: Thinkstock

© Ediciones B, S. A., 2014

Consell de Cent, 425-427 – 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Depósito Legal: B 11613-2014

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-861-2

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda

rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o

parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el

tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo

públicos.

Contenido

Portadilla

Créditos

Capítulo 1. El paquete

Capítulo 2. ¿Tregua?

Capítulo 3. Destellos

Capítulo 4. Y llegó la tregua

Capítulo 5. ¿Y tú quién eres?

Capítulo 6. La decisión

Capítulo 7. Cuando todo terminó

Capítulo 8. La resaca

Capítulo 9. El tiempo se pierde

Capítulo 10. Y la vida sigue

Capítulo 11. Una vida nueva

Capítulo 12. La herradura

Capítulo 13. Tenías que ser tú

Capítulo 14. Betty y Jack

Capítulo 15. Y ahora qué...

Capítulo 16. ¿Fin?

Capítulo 1

EL paquete

GINGER

—¡Menuda mañanita! —chilló Ginger, a nadie en particular, mientras alzaba las manos al cielo. Se

había peleado con un taxista, o eso creía, porque no había entendido nada de lo que el hombre había

dicho. A saber en qué idioma le había hablado, o más bien gritado. Después, casi la atropella un

camión de reparto y, para terminar su turno, la envían al culo del mundo a entregar una cajita. Ella ya

sabía de los peligros de su trabajo, lo de ser repartidora en bici era temporal, con algo tenía que pagar

sus estudios en la Escuela de Artes Escénicas. Ya estaba en el último año, pronto acabaría y podría

dedicarse a lo que más le gustaba en este mundo.

* * *

EUGENE

«Menuda Navidad de mierda me espera», pensó Eugene. Encerrado en esas cuatro paredes, no

paraba de dar vueltas como un animal enjaulado, mientras su protegida se instalaba en una de las

habitaciones. Por lo menos era una persona agradable, una señora mayor y sosegada que no hablaba demasiado. Eso le gustaba, él también era un hombre callado, además de serio. Y tampoco es que fuera muy creyente ni nada de eso, pero tenía pensado ir al geriátrico a cenar con su tío la noche de Navidad. No podría, y ni siquiera había tenido tiempo de avisarlo.

* * *

MAE

—Dios mío, este chico todo lo que tiene de grande lo tiene de soso —dijo Mae en cuanto cerró la puerta de su habitación. Tenía la costumbre de hablar con su difunto marido, no había nadie en este mundo con quien le gustara más hablar. Después de todo, por fin había conseguido que él no le llevara la contraria siempre, aunque para ello hubiera tenido que matarlo. Y ahora este hombretón tenía que protegerla del supuesto asesino de su esposo. Si no fuera patético, resultaría hasta divertido. Se dirigió a la cocina y siguió cavilando mientras llenaba un vaso de agua del grifo, que la ayudara a calmar su sed.

* * *

GINGER

Por fin, había llegado a la dirección que le habían dado. Con la suerte que tenía seguro que no había ascensor. Ató la bici a la baranda de la escalera de entrada y se disponía a llamar al timbre cuando alguien salió del portal. Aprovechó para entrar y al y como esperaba, no había ascensor. ¡Por las escaleras! Y no podía ser el primero, no, tenía que ser el quinto.

Llegó arriba casi sin aliento y tocó al timbre. Esperó. Volvió a llamar. Siguió esperando. Volvió a

llamar. Un hombre enorme con cara de muy mal humor abrió la puerta. Vestía un impecable traje de

chaqueta sin chaqueta y con la corbata aflojada, se le veía muy, pero que muy incómodo, el pelo

oscuro revuelto, la mirada azul eléctrica, boca grande, pómulos prominentes. «Dios, es guapísimo»,

pensó. Pero daba un poco de miedo, debía de medir casi dos metros y ella no era bajita precisamente;

medía un metro setenta, pero este tío le sacaba dos cabezas y tenía los hombros más anchos que había visto en su vida.

—¿John Ray? —preguntó la chica asomando la nariz por la puerta. Entre las sombras distinguió la

figura de una anciana en el pasillo. El gigante la miró con desconfianza.

—¿Quién eres? —preguntó la voz más sexy que había escuchado nunca; fuerte y profunda, le parecía estar escuchando cantar a Johny Cash.

—Tengo un paquete para John Ray. —Él miró el paquete como si quisiese adivinar qué había dentro de él.

—¿Qué es?

—Y yo qué sé.

—¿Quién lo envía?

—Un tal John Smith, un clásico —ironizó, al leer la etiqueta que identificaba al remitente.

—Deja eso en el suelo, despacio, sin movimientos bruscos —ordenó el hombretón, con un tono de

voz que a Gin le heló la sangre. El gigante se llevó una mano a la espalda mientras la miraba fijamente

—. ¡Ahora!

—Oye a mí no me grites, ¿vale?

—¡Ya!

—¿Ese tono significa que me quedo sin propina? —comentó ella mientras dejaba en el suelo el

paquete. Cada día le tocaban un par de excéntricos en el reparto. En Navidad, igual que Halloween, ese número se multiplicaba varias veces.

Después de hacer lo que el grandullón le había ordenado, apenas le dio tiempo a reaccionar cuando

se vio arrastrada hasta la pared. Un brazo fuerte y enorme la sujetaba inmovilizándola contra ella,

mientras que con la otra mano le palpaba en busca de ueno, ella no sabía de qué exactamente.

* * *

EUGENE

Desde que la había visto en la puerta sabía que habría problemas, pero no imaginaba que además de

los que ya suponía, los tendría también de esta clase. Estaba excitándose mientras la registraba y eso

era algo que a él no le pasaba y además estaba mal, muy mal. Si ni siquiera le gustaba, era

deslenguada y poco femenina. A él las mujeres le gustaban con todas sus cosas: sus pechos

abundantes, sus tacones, su melena larga vamos, una mujer, mujer. Ésta era casi un chicote, entonces

¿por qué se había puesto así? Definitivamente necesitaba unas vacaciones.

—Oye guapo, espero que eso que estoy notando sea una pistola, ¡no te emociones toqueteándome!

—se burló Gin.

Él sacó una cartera del bolsillo trasero del ajustadísimo pantalón del uniforme de la chica.

—¿Eres Ginger House? —preguntó leyendo su documentación.

—¿No deberías decirme de una puta vez quién coño eres tú? —respondió enfadada.

—¿Tu madre nunca te lavó la boca con jabón? —contestó él poniendo su placa en la cara de ella, pero sin aflojar la presa ni un poco.

—¿Eso ha sido una gracia? ¡Dios! avisemos a la prensa, el tipo duro hace gracias. Suéltame de una vez, inspector Eugene.

—Gen.

—¿Qué?

—Que me llames Gen. Agente Gen.

—No. ¡Yo! —remarcó el pronombre—, soy Gin, agente. —Gen no pudo evitar una leve sonrisa y la soltó poco a poco.

—Esta conversación me está dando dolor de cabeza —se quejó el hombre.

Ella se dio la vuelta y quedaron casi pegados. En esos momentos sonó una puerta arriba y jaleo en las escaleras.

Él se abalanzó sobre ella y la besó profundamente, agarró sus manos y se las pegó a la pared por encima de la cabeza, para que no intentara apartarlo con ellas.

Gin no se lo podía creer, la estaba umhhh esando y cómo la besaba, se estaba derritiendo. Sabía que tendría que protestar pero joder, joder.

—Lo siento —dijo cuando se alejaron los vecinos—. Es que no quería que nos vieran —se disculpó el hombre.

—Tú has visto muchas películas, grandullón.

—Gen.

—¿Qué quieres?

—No, que me llames Gen, no me inventes apodos, no me gustan, mocosa.

—Tampoco es que nos vayamos a ver mucho más, si me firmas aquí, la mocosa se largará y te dejará en paz con tus eh lo que sea que estés haciendo — informó enseñándole la planilla de entregas del día.

—Me temo que no será tan sencillo. Ve al otro lado del rellano.

—Pero...

—Haz lo que te digo —ordenó en un tono muy estricto.

—Te acabo de conocer, pero ya estoy hasta los mismísimos de tus órdenes, ¿sabes?

—Y yo de que todo lo tengas que protestar, esto no es ningún juego.

—En serio, quiero irme.

—Pues no vas a poder por lo menos hasta que vea lo que hay en el paquete, y luego haremos lo que me diga mi capitán.

—Oye...

—¿Puedes por una vez hacer lo que te digo sin discutir? Por favor. Aléjate.

Gin iba a protestar pero decidió que todo terminaría antes si le hacía caso. Se alejó mientras él

abría el paquete despacio. Dentro solo encontró una tarjeta, «Felicidades, amor. Nos vemos a las ocho

en el restaurante. Te quiere, John» —Gen resopló mientras se alzaba.

—No pasa nada, no hay peligro. Acompáñame dentro —le indicó extendiendo la mano.

—Ah no, yo me voy, ya he tenido bastante de este jodido circo.

—No sabes hablar sin soltar tacos, ¿eh? —contestó Gen cogiéndola de la muñeca y tirando de ella hacia el interior del piso.

—¿Y a ti que te importa? Mira, es Navidad y quiero irme a mi casa —gritó ella.

—No grites, voy a llamar a mi capitán. Entra —la soltó una vez que estaban dentro cerrando la puerta con llave y guardándose la misma en el bolsillo.

—Esto es secuestro —Gen hizo caso omiso de ella y sacando el móvil del bolsillo realizó la llamada. Ella oyó cómo él exponía la situación.

—Sí, señor, la ha visto. Pero, señor, yo no puedo hacerme cargo de las dos. Sí, señor pero señor, sí pero es que ella es una mocosa insoportable, señor —susurró al teléfono sin molestarse siquiera en mirarla.

Ella quiso patearle el culo, iba a insultarlo, usaría el taco más gordo de su extenso repertorio, pero él le puso la mano libre en la boca adelantándose así a esa posibilidad y la miró echando chispas por los ojos. Gin lo pensó mejor, le apartó la mano airada, pero se calló.

—Sí, señor —lo vio elevar la vista hacia el cielo y apretar los labios hasta que se le desdibujaron, se pasó la mano con la que le había cerrado la boca por el pelo y colgó.

—A ver, las cosas están así. Parece que vamos a pasar la Navidad juntos, el día dos Mae testificará y nosotros nos perderemos de vista, hasta entonces te ruego que intentes ser normal —dijo en tono apagado, agotado, diría ella. Para él era el punto y final de la discusión, estaba más loco de lo que parecía si creía eso.

Gin le miraba con la boca abierta, las lágrimas de pura rabia asomaban a sus ojos. ¿Normal, una persona normal? ¿Qué coño había querido decir con eso? ¿Y qué quería decir exactamente con que iban a pasar juntos la Navidad?

—¿Y ya está? Mira, abre la puerta enseguida o me pondré a gritar hasta que vengan todos los vecinos, ¡animal!

—Te aseguro que si dependiera de mí ya estarías camino de tu casa, pero no es cosa mía. La decisión la ha tomado mi capitán y es a él a quién corresponde —aseguró en tono cortante, dirigiéndose a la cocina.

En ese momento Mae salió de su habitación alertada por sus gritos. Con la bata de abrigo, zapatillas de estar por casa, rulos y redecilla, empuñando en una mano dos agujas de punto con las que entretejía todavía no se sabía qué, mientras que con la otra se quitaba las pequeñas gafas que dejaba colgando en una cadenita de oro.

—Chicos, chicos... si la cosa es que pasemos desapercibidos vais a tener que dejar de chillar.

—Eso estoy intentando hacer entender a esta loca, pero no razona —protestó Gen.

—¿Loca? ¡Eres idiota! ¿Cómo te atreves, pedazo de cromañón? Me encierras en un piso contigo,

que eres un bruto al que acabo de ver por primera vez en mi vida, y una señora con pinta de ser tu

abuela, no se ofenda —se dirigió a Mae, pero esta hizo un gesto con la mano que indicaba que no se

ofendía, y Gin continuó—. Me dices que tengo que pasarme aquí la Navidad sin más explicaciones, y

soy yo la que es poco razonable. Eres eres ¡brggg! —gruñó cerrando los puños y notando que ahora sí,

las lágrimas corrían libres por su rostro.

Por primera vez desde que esta locura había comenzado, Gen se compadeció de ella. Trató de

ponerse en su lugar y entendió que para la chica no era una situación fácil.

—Mira, lo siento, reconozco que tal vez he sido un poco... brusco
—ella le miró cerrando los ojos,

hasta dejarlos en una fina línea, que indicaba muy a las claras lo que pensaba.

—¡Un poco! —se burló.

—Venga, no llores. Siéntate, te prepararé un té y te explicaré de qué va esto —dijo en son de paz.

—¡Una leche! —contestó ella enfadada.

—Con leche, vale. Tú siéntate y espera —confirmó él, sin darse cuenta de la que se le venía encima.

Gen se abalanzó sobre el hombre tratando de meter la mano en el bolsillo del pantalón para

arrebatarle la llave. Cuando Gen se dio cuenta la tenía sobre él, trató de sujetarla por las muñecas pero

ella se retorció y acercaba la mano a su pantalón. La muy niña no se daba cuenta de lo excitante que resultaba ese juego para él.

Le dobló los brazos hasta pegarlos a la espalda en un involuntario abrazo, de forma que quedaron

totalmente unidos. Gen suspiró y rezó en silencio para que ella no notara su erección. Había pasado

demasiado tiempo desde la última vez que estuvo con una mujer. Esa pequeña salvaje lo estaba

poniendo como ya casi ni recordaba que se pudiera sentir y mientras, ella seguía luchando. En su

intento de zafarse, se restregaba contra él empeorando la situación tortuosa por la que estaba pasando.

De pronto notó que se quedaba quieta, aunque su respiración continuaba agitada haciendo que sus

torneados pechos se rozaran contra el abdomen de él, volviéndolo loco.

Gen pudo mirarla a la cara, tenía los mofletes enrojecidos por el esfuerzo, el pelo corto revuelto, el

flequillo oscuro que caía desordenado sobre la cara tapando uno de sus preciosos ojos castaños. Sintió

ganas de apartárselo delicadamente, pero no estaba tan loco, sabía que no podía fiarse de la reacción

de ella si la soltaba. No sabía cómo lidiar con eso, un inspector experto como él no podía con una

chiquilla menuda y chillona. Si no fuera para llorar, le daría risa.

Gen notó un brillo especial en la mirada de Gin, que se había apartado con un grácil gesto el

flequillo de la cara. Vio cómo entrecerraba los ojos, pero no vio venir el golpe.

—¡Ahhhh! —chilló de dolor soltándola y dejándose caer al suelo con las manos en la entrepierna

que ella había golpeado con la rodilla.

Ginger consiguió meterle la mano en el bolsillo y alcanzar la llave, pero cuando iba a llegar a la

puerta notó una fuerte mano aferrándose a su tobillo y tirando de ella hasta que la hizo caer al suelo.

¡Mierda! Había estado tan cerca.

Eugene consiguió olvidarse de su dolor pensando en la que le caería si se le escapaba, y no solo la

sanción, sino el cachondeo que provocaría entre sus compañeros. Al agarrarla no pretendía hacerle

daño, pero la necesitaba en el suelo ya que él todavía no estaba en condiciones de levantarse. Por lo

menos había acabado con su erección de golpe, nunca mejor dicho.

El inspector bloqueó cualquier movimiento que quisiera hacer la chica colocando su cuerpo encima

del de ella, tuvo cuidado de no dejar todo su peso, pero sí el suficiente como para inmovilizarla.

Agarrándola por las muñecas, le colocó los brazos por encima de la cabeza y le tapó la boca con la

otra al ver la intención de ella de ponerse a chillar.

* * *

MAE

Mae miró con avidez el arma que había caído al suelo durante el forcejeo, sería tan fácil hacerse

con ella, acabar con los dos y salir de allí. ¿Por qué no? No tendría que sentirse mal por ello, después

de todo ya había matado una vez. Pero el caso es que los chicos le caían bien y seguro que después la

buscaban y todo volvía a empezar, mejor se lo tomaba con calma y disfrutaba, después de todo, con

estos dos era seguro que no se aburriría.

—Parece que esta Navidad va a ser entretenida después de todo —comentó Mae en voz alta, justo

cuando sonó el timbre de entrada.

—¡Mierda! —exclamó Gen—. Mae, trae la cinta americana que está en el primer cajón de la cocina

—ordenó Eugene en voz susurrante. Mae obedeció y después de cogerla se la tendió.

—Lo siento mucho, guapa —Ginger abrió los ojos todo lo que le daban de sí mientras Gen cortaba

un trozo de la cinta con los dientes y se lo pegaba en la boca, después cortó otro trozo y la ató de pies

y manos. De los ojos de Gin salían chispas. Gen pensó que en algún momento tendría que desatarla y

le preocupaba su propia integridad física en ese instante.

Se la cargó al hombro, la llevó a su dormitorio y cerró la puerta.

—Mae, entra con ella y procura calmarla, por favor y ponla en antecedentes —pidió Gen—. Yo voy

a ver si me deshago de quién sea. Y Mae, no salgas de esa habitación hasta que yo te lo diga, bajo

ningún concepto.

En ese momento el timbre volvió a sonar. Eugene miró por la mirilla, era la misma vecina de antes.

Se quitó la camisa y la corbata dejándolos en el sofá, se desbrochó el botón del pantalón y abrió un poco la puerta.

—¿Sí? —inquirió.

—Hola. Verá usted, mi marido y yo hemos oído unos golpes, ¿están todos bien?

—Sí, sí, lo siento mi prometida y yo estamos de celebración, quizá nos hemos excedido un poco,

pero

—¡Ah! ¿Es eso? —dijo la vecina intentando meter la nariz por la puerta—. La pasión y la juventud,

qué bonito, pero me gustaría hablar con su prometida, ya sabe, entre mujeres tenemos que cuidarnos.

—Me temo que eso no va a ser posible...

—Cariño, ¿quién es? ¿Por qué no vuelves a la cama? —A Gen casi se le sale el corazón del pecho

al oír la voz de Gin y verla acercarse vestida apenas con la camisa de él. Dios mío, estaba preciosa,

aunque algo en su mirada le advertía del peligro. Vio cómo se le acercaba, apoyaba una mano en su

hombro y pasaba la otra por sus abdominales. A Eugene se le erizó el vello al notar el tacto de la

pequeña y áspera mano encallecida por los años de bici, supuso. Tuvo que aclararse la garganta para

volver a hablar.

—Es la vecina, ha venido a ver si estamos bien, por los ruidos. Me temo que hemos sido algo

escandalosos, cariño.

—¡Oh! Cuánto lo siento, le aseguro que no volverá a pasar algo así —contestó Gin mirando

directamente a los ojos del inspector, mientras tiraba disimuladamente del vello que cubría sus

abdominales. Gen ahogó un grito de dolor y agarró la mano que se lo infringía, apretándola hasta que

le soltó.

—No, si no es estrictamente necesario. Ya me entiende —
contestó él mirando a los enojados ojos

de ella mientras enredaba la mano en su pelo de forma
amenazante.

—Bueno, bueno, tortolitos, ya se ve que están muy enamorados,
tampoco exageremos por un poco
de ruido, no les entretengo más.

En cuanto la vecina comenzó a subir las escaleras, Gen cerró la
puerta. No lo vio venir, un dolor

agudo se instaló en su estómago haciendo que se doblara por la
mitad.

—¡Joder! —exclamó entre tos y tos, el golpe apenas le dejaba
respirar.

—Vaya, don perfecto también suelta tacos —se rió ella.

Él se incorporó y agarrándola por los brazos la empujó contra la
pared.

—No lo vuelvas a hacer —la amenazó poniendo la cara muy
cerca de la suya.

—Cada vez que me amordaces, me ates o intentes intimidarme.
Así es que aléjate de mí ahora

«GRAN-DU-LLÓN». —Sus respiraciones eran entrecortadas,
ambos se sentían alterados y el deseo les

estaba consumiendo, estaban tan cerca que se tocaban, pero la
cordura volvió a la cabeza de Eugene y

se alejó de ella.

—Devuélveme la camisa, nos tomaremos un té y hablaremos
tranquilamente, ¿ok? —dijo dándole

las espaldas, aunque más bien sonaba a una orden, como todo lo
que él decía.

—Lo que tú digas —ella, descarada se desabotonó la camisa y
se la quitó estirando el brazo,

dejándola caer a los pies de él.

Eugene miró anonadado el esbelto y musculado cuerpo de la joven que se alejaba en dirección al dormitorio, tapada solo con un tanga y un sujetador rosa. Ese trasero, esa piel, ese cuerpo perfectamente torneado No tenía las curvas que a él le volvían loco, era más bien fibrosa y dura. Ese cogote rapado por alguna razón lo estaba poniendo más cachondo que ninguna mujer con la que hubiera estado, desde hacía mucho tiempo. Quedaba claro que iba a hacerlo sufrir de una manera o de otra.

Gen se fue hacia la cocina para preparar té. Le dolía todo el cuerpo, pero especialmente sus partes bajas. La niña sabía dar duro, le parecía mentira que unas manos tan pequeñas pudieran hacer tanto daño. El puñetazo que le soltó en el estómago los había sufrido peores, pero aun así ese estaría alto en el ranking. Aunque pareciese una locura, a sus ojos la convertía en la mujer más interesante que había conocido en los últimos tiempos. Era apasionada en su propia defensa, ¿lo sería en todo?

Capítulo 2

¿Tregua?

El idiota se había quedado a cuadros cuando la vio quitarse la camisa y tirarla en sus narices, ¡ja!

Todavía se estaba riendo de su absurda reacción, siempre le había resultado fácil manejar a los

hombres, pero este era testarudo como él solo. Claro que los hombres a los que ella trataba eran más

bien muchachos y, poca cosa, comparados con el agente «malas pulgas». La ponía enferma sí, pero por

otro lado la excitaba sobremanera. Era tan grande, tan fuerte, tan rudo que cuando notó su nerviosismo

se sintió victoriosa. Una victoria corta, nimia, pero victoria al fin y al cabo. Nada comparado con lo

que tramaba, porque una cosa tenía clara, le daba igual que a ese tiarrón le costara el trabajo, ella no

iba a pasar la Navidad allí encerrada.

La vio entrar a la cocina vestida con la indumentaria de repartidora, mallas ajustadas, camiseta de

tirantes ajustada, todo ajustado. Él estaba apoyado en la encimera esperando que sonara la tetera, Gin

sacó un taburete de debajo de la mesa y se acomodó en él.

—Si no te importa yo prefiero café, negro, sin azúcar ni leche.

—No sé por qué no me extraña.

Se dio la vuelta y puso la cafetera. La tetera comenzó a sonar y Gin se dio cuenta de lo rítmico de sus movimientos. A la vez que colocaba la taza, sacaba la bolsita del cajón dejándola extendida en la encimera, a continuación llenó el recipiente de agua hirviendo e introdujo el sobrecito quince veces exactas, para después dejarlo en el fregadero.

—¿Sabes que alguien tendrá que recogerlo después y echarlo a la basura?

—¿Qué? —preguntó él. Estaba tan ensimismado en su ritual que por un instante se había olvidado de su pesadilla particular.

—Sí, yo lo haré en cuanto deje de gotear. Siempre lo hago así —contestó secamente.

—Vaya, eres uno de esos, ¿eh? —dijo con un tono que a Gen le resultó molesto.

—Uno de esos —repitió instándola a explicarse.

—Ya sabes...

—No, no sé.

—Obsesivo, ordenado, metódico, controlador

—Soy ordenado y metódico, no creo que sea obsesivo ni controlador —se defendió él.

—No, claro que no. A lo que vamos, ¿me dices cómo vamos a solucionar esto?

—Supongo que Mae ya te habrá contado algo.

—Sí, me ha dicho que alguien ha asesinado a su marido y que ella lo vio y lo va a identificar, que

esto es un piso protegido y tú una especie de guardaespaldas, pero sigo sin saber por qué me has obligado a entrar y por qué tengo que quedarme.

—No podía dejarte ir porque has visto a Mae cuando he abierto la puerta, y la decisión de que te

quedes en el piso es de mi superior, no mía.

—Me da igual de quién sea la decisión, no podéis secuestrar a

—No estás secuestrada.

—¿Ah, no? ¿Y cómo llamas a estar retenida contra mi voluntad?

—Estar bajo protección, o bajo arresto, según lo que averigüen acerca de ti en la central.

—No me lo puedo creer, me estás investigando como si fuera una criminal —protestó levantándose de un salto.

—Oye, tranquilízate —contestó alzando una mano haciendo la señal de stop mientras dejaba su taza en el banco de la cocina.

En ese momento empezó a sonar el burbujeo del café y Gen le dio la espalda para servírselo. En un segundo, la chica estaba en la puerta intentando abrirla.

—¡Te hará falta esto! —dijo mostrándole las llaves mientras servía el líquido negro y amargo, que

iba a la par con el estado de ánimo de Gin. Ni siquiera se había molestado en volverse para mirarla y

ella no tuvo más remedio que volver a la cocina cabizbaja, no sin antes darle una patada a la puerta.

—Antes has sido muy razonable ayudándome a despistar a la vecina, ¿por qué de repente vuelves a comportarte como una?

—¿Cómo una qué? —le retó poniéndose apenas a unos centímetros de distancia de él.

Gen le puso la taza en la mano.

—Como una loca —dijo sin inmutarse.

—Eres un Me pones de los nervios, tío —protestó soltando de un golpe la taza en la mesa, haciendo que el líquido rebosara.

—Lo siento, no he debido decir eso —se disculpó él dando el último sorbo a su té, mientras cogía la bayeta para limpiar el café derramado por ella.

—No debiste decirlo, pero es lo que piensas —Gen no contestó, se limitó a encogerse de hombros y

dándose la vuelta se dirigió al fregadero, tiró la bolsita del té a la basura y fregó su taza.

—¿De verdad no puedes ponerte en mi lugar? Hace media hora pensaba que este sería mi último

reparto, después me marcharía a casa y mañana por la noche cenaría con mi familia, mis padres, mis

hermanos, mis tíos . ¡Quiero mi árbol! Que lo sepas, no voy a renunciar a él.

Este último comentario lo hizo girarse a mirarla levantando las cejas.

—Y también quiero pavo.

—Eso es en acción de gracias —contestó él medio divertido.

—Mi madre es española. En España se come en Nochebuena.

—¿Y de dónde supones que voy a sacar yo un árbol y un pavo?
—preguntó, ya con una amplia
sonrisa.

—Ni lo sé ni me importa, pero lo quiero, o haré que esta sea la peor Navidad de tu vida —amenazó

ella acercándose hasta donde estaba él y vertiendo por el fregadero el café.—Has hecho un brebaje asqueroso, por cierto.

—Oye, ya que vamos a pasar aquí encerrados un tiempo, ¿no crees que podríamos intentar no agredirnos ni verbal ni físicamente?

—Tú eres el que me ha llamado loca, ¿lo recuerdas?

—Ya te he dicho que lo siento, ¿ok?

—No, no es suficiente. Quiero irme a mi casa. Habla con tu jefe, prometo que no diré nada, de verdad —suplicó con lágrimas en los ojos.

Esta vez casi le convence, por un momento sintió el dolor y la confusión en el rostro de la joven.

—Oye —dijo cogiéndole las manos—. No es tan fácil, además ya hemos jugado a esto de que tú

lloras y yo me ablando, y no terminó muy bien —susurró mientras con el dedo pulgar acariciaba el dorso de la mano de ella con un movimiento rítmico, casi como un baile, que a Gin le erizó el vello y la hizo reaccionar soltándose rápidamente.

—Tienes las manos ásperas —dijo.

—¿Qué? —preguntó él incrédulo mirándose las susodichas.

—Tus manos, raspan —aseveró como si fuera una obviedad.

—Tú sí que raspas —contestó él verdaderamente enfadado. Esa chica conseguía sacarlo de sus

casillas, cuando pensaba que podía razonar con ella le soltaba alguna perla. Tenía durezas en las

mano,s al fin y al cabo era un currante, toda su vida lo había sido. En concreto tenía un callo en el

pulgar con el que había acariciado su mano, pero nunca había tenido quejas al respecto.

—¿Cómo te atreves? —gritó ella.

—Toda tú eres áspera y no se puede razonar contigo. Cada vez que intento acercarme sacas las uñas como si fueras una gata.

—¡Ja! Eso quisieras tú, que fuese una gata en celo, seguro que a esas las manejas a tu antojo. Pues

conmigo vas listo —espetó acercándose a él con los brazos en jarras, hasta estar a un par de centímetros.

—Luego no quieres que te llame loca. ¿Se puede saber a qué viene eso ahora? —preguntó él dando un paso atrás.

—Das el tipo, querido —susurró dándole toquecitos en el pecho con el dedo índice mientras veía

cómo él seguía retrocediendo poco a poco—. Te haces el machito, pero la verdad es que necesitas

demostrar que eres el más fuerte porque tienes complejo de inferioridad —siguió empujando con el

dedo.

Él lo atrapó con su mano mientras la agarraba a ella de la cintura y la ponía contra la pared.

—Se acabó —dijo.

—¿El qué? —preguntó ella con fingido tono de inocencia.

—Este juego que te traes. Por si te interesa conocerme un poco te diré que no soy ningún machito,

hay muchas cosas en esta vida que me dan miedo, tú por ejemplo. Pero me da más miedo mi jefe, así

es que deja de intentar confundirme con tus tretas, porque no te vas a salir con la tuya —susurró amenazante al oído.

—¡Joder! —espetó ella soltándose con brusquedad y sentándose con los brazos cruzados en un

taburete de la cocina. Tenía el ceño fruncido y la boca apretada, estaba verdaderamente enfadada y

frustrada. Para que luego dijeran que los hombres eran fácilmente manipulables. Este no, desde luego.

Lo había intentado todo, ponerse borde, sexy, melosa, triste, amenazante con él no funcionaba nada.

—Mira —dijo Gen cogiendo un taburete y sentándose cerca de ella—. Son solo dos semanas. No es tan grave, tómatelo como unas vacaciones.

—Definitivamente, eres idiota —se quejó poniéndose a llorar de pura impotencia.

—Oye, habíamos quedado en no insultarnos —recriminó él.

—No es un insulto, es un adjetivo. ¿Unas vacaciones en un piso encerrada con un cromañón? —

ironizó, llorando ahora a moco tendido—. ¡Quiero irme a mi casa!

Gen sintió cómo se le rompía un poco el corazón con el dolor de ella, le acarició el rostro con los dedos.

—Tranquila, nena ¡ay! —exclamó ante el manotazo de ella al apartar sus cariñosos dedos.

—¿Nena?! —gritó ella levantándose de golpe y tirando por tanto el taburete. Gen se levantó

sobresaltado sin saber cómo reaccionar. Observó impotente cómo corría a esconderse en su habitación llorando escandalosamente.

—¿Pero tú has visto eso? —preguntó a Mae que estaba haciendo punto, sentada tranquilamente en el sofá.

—En boca cerrada no entran moscas —contestó Mae.

—No me vengas con esas, ¿me puedes decir qué coño estoy haciendo mal?

—Sería más rápido decirte lo que has hecho bien —él la miró con cierta indignación.

—Según tú, ¿qué he hecho bien?

—Nada —fue su escueta respuesta. Ni siquiera lo miró, siguió con su labor.

—Pues sí que soy torpe —contestó con ironía—. Voy a intentar razonar con ella.

—Déjala sola un rato, no paras de imponerle tu presencia y no creo que sea muy de su agrado, la verdad.

—Pues es lo que hay —bufó Gen malhumorado.

—Deja que se calme y luego habláis. No me hagas caso si no quieres, al fin y al cabo solo soy una vieja

—Oh no, tú también con chantajes emocionales, no —en ese momento le sonó el teléfono.

—Sí. No, señor. No, la situación no ha mejorado, no se puede razonar con ella. Bien, bien, bien, ¿y

qué cojones se supone que voy a? Sí, señor. No, pero habría que buscar otra solución, no creo que

pueda hacerlo. Señor, tenemos que investigar a una de las vecinas del bloque. Sí, le mando un mensaje

con la información. No creo que pueda convencerla de eso. Señor, cuando pueda salir de esta, juro que me las vas a pagar. Nos veremos en el ring, señor.

Media hora después, Gin seguía encerrada en el cuarto y Gen estaba perdiendo los nervios.

—Siéntate, me estás poniendo nerviosa, hijo —recreminó Mae.

—Pero, ¿cuánto tiempo necesita? Ya lleva encerrada ahí más de media hora —se quejó él.

—Le acabas de decir que va a pasar la Navidad, que al parecer para ella es importante, aquí encerrada con una vieja y un tipo al que no conoce. Necesita tiempo para asumirlo.

—Pues va a tener que asumirlo rápido porque esto hay que solucionarlo ya —dijo encaminándose hacia la habitación en la que la habían instalado.

Abrió la puerta sin llamar y el corazón le dio un salto en el pecho. Nadie a la vista, la ventana

abierta Dios. Pero, ¿qué había hecho la muy tarada? Eran cinco alturas. Que no se haya caído por

favor, rogó Gen al Dios en el que no creía. Se asomó a la ventana, nada en el suelo, ni en el capó de

ningún coche, el corazón le volvió al sitio. Intentó averiguar la forma en la que ella habría podido

bajar, pero no había escalera de incendios y habían escogido ese bloque precisamente por eso (cuantas

menos vías de acceso, mejor). La tubería era demasiado fina y estaba muy alejada, ni siquiera él estirándose llegaba.

De repente se le encendió una luz y una sonrisa se dibujó en su rostro. «Diablo de chica», pensó

cerrando la ventana y acercándose a la cama. En el cuarto había un armario de madera antigua. Podría

ser, sí. Una cómoda, imposible; un banquito, nada; y la propia cama decidió empezar por ahí. Se

agachó y levantó el faldón de la colcha que la cubría.

Capítulo 3

DESTELLOS

No pudo ocultar una sonrisa al verla ahí, mordiéndose los labios, retorciéndose las manos y con cara de expectación.

—¿Se puede saber qué diablos haces?

—Evidentemente, nada —contestó ella.

Él le tendió la mano para ayudarla a salir, Gin lo miró con rabia y giró la cabeza.

—Si no te importa, me voy a quedar aquí un rato —informó.

—Tenemos que hablar. Vamos, sal y no seas niña —esta vez no le contestó, lo que preocupó de veras a Gen.

—Eh, venga, sal. Prometo portarme bien, venga —intentó convencerla sin éxito.

—Déjame en paz, ¿quieres? Estoy en mi sitio de pensar —a Eugene se le escapó una carcajada y

Gin lo fulminó con la mirada.

—De acuerdo, lo siento, lo siento. Pensaremos juntos —dijo y sin más se metió bajo la cama junto a ella.

—Pero, ¿qué demonios crees que estás haciendo? —gritó la chica al verlo a su lado.

—Ya te lo he dicho, pensar contigo. He hablado con mi capitán.

—Me importa una mierda...

—¿Tienes que ser tan grosera?

—¡Ahhhhhhhhhhhhhh! Me pones de los nervios, de verdad, no te soporto. Sal de aquí, quiero estar sola.

—¿Qué te molesta más, no haber podido escaparte o que te haya calado?

—Chicos, ¿estáis bien, dónde demonios? —pregunto Mae paseando la vista por la habitación.

—Estamos aquí abajo, tranquila, ahora salimos —le informó Gen.

—Eh ien, deberíamos ir preparando la cena. Daos prisa con lo que sea que estéis haciendo ahí abajo

—les sugirió.

—¡No estamos haciendo nada! —se apresuró a aclarar Gin, y mientras lo decía hizo amago de salir,

pero Gen la retuvo agarrándola por la muñeca.

—En serio, tenemos que hablar —dijo él.

—¡Suéltame! —forcejeó ella.

—No, hasta que prometas que serás razonable.

—¿Yo? Perdona, pero estoy siendo más que razonable. Tú sí que eres obtuso y machista e idiota.

Él le agarro la otra muñeca y la atrajo hacia su propio cuerpo.

—¿A qué viene eso de machista?

—Oh, ¿no es evidente? Si fuera un hombre

—En eso tienes razón. Si fueras un hombre te habría dado un puñetazo hace mucho. Mírate. ¡Si ni siquiera eres una mujer!

Ella intentó zafarse de su agarre, pataleando y tirando de los brazos mientras lo maldecía.

—Eso es, desahógate, vamos.

—¡Déjame! ¡Suelta! —Por toda respuesta Eugene la apretó contra sí. Y Gin rompió a llorar. Se

quedaron así un rato, ella llorando y él abrazándola, acariciando delicadamente su espalda joven y

tersa, su nuca descubierta, su despejado cuello. Un mundo de sensaciones lo inundó por dentro:

ternura, empatía, excitación eso estaba mal, pero ni quería ni podía evitarlo.

Gin sentía la enorme mano recorriendo su espina dorsal, la calmaba y sabía que debería seguir

luchando, pero ya no quería. Le hubiera gustado quedarse ahí, acurrucada en él por mucho tiempo.

Deseaba tener derecho a hacerlo siempre que quisiera. Pero se obligó a dejar de llorar.

—Estoy bien —mintió—. Vamos.

Ambos salieron del escondite y vieron que Mae había vuelto al salón.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó intrigada Gin.

—Soy detective, ¿recuerdas? De todas formas no habría dejado sola a Mae para ir a buscarte.

Habría llamado a un coche patrulla, o mejor a una ambulancia porque si bajas desde aquí, te matas. No

vuelvas a intentar ninguna jugarreta —advirtió en un tono que a ella le pareció muy, pero que muy amenazador.

—¿Has conseguido ya mi árbol? —preguntó cambiando de tema. Se acercó a él y le quitó algunas pelusas de la camisa. Él la miraba intrigado.

—Tienes que llamar a tu familia y decirles que te han dado un papel muy importante, pero que la

única condición era que salieses hoy mismo. Así es que estás camino de Hawái, yo te daré una dirección para que te envíen allí algunas cosas.

—¿Cómo sabes que soy? —se interrumpió—. Ah, claro, me habéis investigado.

Él se limitó a hacer una inclinación de cabeza.

—¿Y mi trabajo? ¿Y mi bici?

—¡Joder, la bici! ¿Dónde está?

—Abajo, en el portal.

—Está bien. —Lo vio mirar alrededor y ponerse las manos en las caderas—. Tengo que volver a hacerlo.

—¿El qué? —preguntó Gin. A lo lejos se oía a un grupo de niños cantando los villancicos que tanto

le gustaban. Ella misma se reunía con sus sobrinos y cantaban por la calle, alegrando el barrio o

molestando, según qué vecino los estuviera escuchando. Una solitaria lágrima rodó libremente por su

mejilla y Gin interrumpió su caída con el dorso de la mano.

—Venga, no hagas eso.

—Tengo que hacerlo, no puedo confiar en ti —salió de la habitación evitando volver a mirarla y

cuando volvió llevaba la cinta americana en la mano. Ella estaba sentada en la cama y obedientemente extendió las manos.

—Solo será un momento, te lo prometo, es que tengo que recuperar tu bici. Lo siento, de verdad —

Gin le quitó la cinta de las manos, cortó un trozo y se lo puso en la boca.

—Pero qué ¿no vas a luchar, a insultarme? Joder, reacciona. Mira, he dicho un taco. Vamos, dame

una patada. ¡Defiéndete! —pero Gin no respondió, tan solo giró la cara y se dejó caer en la cama.

—Venga, Ginger, no me hagas esto.

Ginger. La había llamado por su nombre. Qué bien le habría sonado si no lo odiara tanto. Se sentía

derrotada y el hecho de que él se mostrase ahora compasivo no la ayudaba nada.

Eugene se acercó a ella y cortando un trozo de cinta le ató las manos, no demasiado fuerte.

—Lo siento, mocosa —dijo—. De verdad, lo siento mucho.

Ella giró la cara hacia el lado contrario para no mirarlo y de paso evitar que él viera sus lágrimas.

Gen fue hasta sus pies. Dudó un instante, pero se los ató.

—Volveré enseguida, te lo prometo —confirmó dándole un beso en la sien.

Eugene se sentía verdaderamente mal, como un traidor o un abusón o no sabría decir como qué,

pero muy mal. Tenía que compensarla por este mal rato.

No entendía su reacción, una chica tan fogosa y se había dejado atrapar como un corderito. Había

ayudado incluso, estaba claro que había tirado la toalla y eso no se lo esperaba.

Tenía que darse prisa, era mejor que nadie le viera mientras cogía la bici. Se la cargo al hombro y

se dispuso a subir, pero algo llamó su atención. Una idea pasó fugaz por su mente cuando vio ese

escaparate. No podía, era una locura y si su jefe se enteraba le caería una sanción, pero ver la cara que

pondría merecía la pena, después de todo solo sería un momento.

Dejó la bici en el suelo, salió y cruzo la calle corriendo.

Cuando Eugene abrió la puerta se encontró con la mirada interrogativa de Mae por encima de sus

pequeñas gafas.

—¿Qué pasa? —preguntó malhumorado.

—Nada, nada —respondió la anciana.

—He pensado ya sabes, tampoco me ha costado tanto y ella ueno, ya está. Lo he hecho y voy a

enseñárselo —anunció.

—Yo de ti borraría esa sonrisa de la cara —aconsejó la anciana.

—¿Qué sonrisa? Yo no estoy sonriendo.

—Si tú lo dices —contestó Mae.

Gen dejó en el suelo la bici y el árbol. Sí, lo había visto y no había podido resistirse. Saltándose

todas las normas del departamento, había cruzado la calle y se había entretenido en comprar un árbol

de Navidad para ella. Por alguna misteriosa razón necesitaba verla feliz, aunque solo fuera por un momento.

Fue hacia el dormitorio y la encontró en la misma postura en la que la había dejado. Se acercó a

ella sentándose en la cama y con mucho cuidado le quitó la cinta de la boca.

—Lo siento. He traído una cosa para ti —dijo para reforzar su disculpa.

—¿Me desatas para que pueda ir al baño? —contestó ella sin un atisbo de curiosidad en la mirada.

—Vamos, deja ya esa pose de indignación. Sabes que tenía que hacerlo, no puedo confiar en ti.

Habrías intentado algo.

Ella lo miró y Eugene habría jurado que sus ojos habían sido sustituidos por dos tímpanos de hielo.

Él no dijo nada más. Sacó su navaja multiusos del bolsillo trasero de su pantalón y le cortó las

ataduras, dejándola después sobre la mesilla de noche.

Ginger se fijó en que la había depositado ahí, pero disimuló, ni siquiera se permitió un ligero

desvío mientras se levantaba y se encaminaba hacia el baño frotándose las muñecas algo doloridas.

—¿No me vas a perdonar, no? —preguntó él.

—¿Acaso te importa? Al fin y al cabo solo soy una complicación en tu precioso caso.

Gen suspiró a la vez que se pasaba la mano por el pelo. Ella tenía razón, no debería importarle su

actual comportamiento, muy al contrario, debería estar encantado. Por fin estaba siendo razonable.

Pero algo en su interior hacía que esa docilidad le pusiese enfermo, le molestaba y le hacía sentir miserable.

Un momento, tal vez ese era su juego. Sí, se dijo, lo hacía para hacerle perder los papeles. Eso es, es muy lista. Y preciosa. Y sexy. Y «y *deja de pensar tonterías*», se rió a sí mismo.

Al salir de la habitación se quedó boquiabierto, al lado del televisor descansaba un árbol de

Navidad verde y precioso, pero no se dejó amilanar por el detalle.

—¿Y las bolas? —preguntó.

—¿Qué bolas? —contestó él, que la había seguido hasta el salón.

—¿Cómo supones tú que voy a decorarlo? ¿Con las tuyas?

Él, por toda respuesta se encogió de hombros. Ginger negó con la cabeza y se fue hacia el baño.

—¡Mujeres! Tú sabes lo que me jugado por ir a por el dichoso árbol, y mira cómo me lo agradece

—se quejó Gen.

—Ya te advertí que no esperases cohetes y tambores —recriminó Mae.

—¿Pero es mucho pedir un poco de entusiasmo? —no era exactamente una pregunta.

—¿Tan frágil es tu ego que necesitas reconocimiento por algo tan nimio y que además has hecho a

medias? —contestó Gin, que salía del baño en ese momento.

—Vaya, has vuelto —la chica pasó por alto el doble sentido de sus palabras.

—Dame tu teléfono —exigió.

—Ni lo sueñes —aseguró él.

—¿Acaso no quieres que haga «la llamada»?

Él la miró con recelo mientras sacaba el móvil del bolsillo.

—Si descubres la tapadera, lo único que conseguirás será poner a tu familia en peligro.

—¿Y el pavo? —preguntó ella.

—¿Qué?

—Te dije que también quería pavo. O me prometes que lo tendré, o no hay llamada.

—¿De dónde demonios supones que voy a sacar un pavo?

—¿Quieres que haga la llamada? —En realidad no le importaba si conseguía el pavo o no, porque

esa noche se largaría de allí en cuanto él estuviera dormido, pero se divertía viéndolo sufrir. Y de paso

lo convencía de que no volvería a intentar escaparse. Aunque la navaja multiusos estaba ahora a buen

recaudo entre sus braguitas y su propia piel.

Él le tendió el móvil.

—Procura parecer convincente —advirtió.

Y lo fue, fue muy convincente. Su madre se disgustó en un principio, pero después la entendió.

Sabía lo importante que era para ella su posible carrera como actriz, aunque se preocupó y no le

gustaron nada tantas prisas, pero terminó por aceptar la decisión de su hija que le aseguró que la

llamaría todos los días. La sorpresa que se iba a llevar cuando la viera aparecer en casa esa misma noche.

—Y ahora, piensa en mi pavo.

—Dame un respiro, ¿quieres?

—Es que no me gusta que me dejen a medias —se quejó ella.

Eugene enarcó las cejas poniendo cara de asombro, no podía ser que estuviera pensando en lo mismo que él.

La chica dio vueltas alrededor del pino de plástico.

—No es muy grande que digamos —se quejó.

—Suficiente —contestó él.

—Está bien. Necesito papel y tijeras.

Él miró alrededor y se encogió de hombros.

—Papel hay en mi habitación encima del escritorio y tijeras no sé si es prudente

Gin no le dejó terminar, fue hasta el cuarto de él y volvió al momento con varios artículos en las

manos. Los dejó todos en la mesa y cogió a Gen por el brazo.

—A currar —dijo.

Estaba segura que en cuanto terminaran las manualidades le requisaría la tijera, pero no podía

requisar una cosa que no sabía que tenía. Se sentó teniendo cuidado de no hacerse daño con la navaja.

—¿Qué se supone que vamos a hacer con esto? —interrogó él.

—Decorar el árbol, ¿nunca has hecho papiroflexia? —contestó Gin.

Gen se limitó a torcer el gesto mostrando desagrado, aun así se arremangó y se sentó a su lado.

Capítulo 4

Y llegó la tregua

Jamás se imaginó que jugar a cortar papelitos con formas pudiese ser tan divertido. Se sentía

relajado por primera vez en mucho tiempo y casi había olvidado el motivo por el que estaban allí.

Cortaron despleables, hicieron arbolitos, bastoncillos, corazones. Mae se ofreció a tejer la estrella en punto de cruz.

—Ese corazón te está quedando muy grande —observó Eugene.

—Es que no es para el árbol —contestó ella.

—¿Y entonces?

—Es para ti.

—¿Me regalas un corazón? Como si fuésemos adolescentes enamorados.

—No, es porque creo que te hace falta.

—Se acabó la tregua, ¿eh?

Ella simplemente sonrió y Gen se derritió un poco por dentro. Tenía corazón, vaya si lo tenía, en

este momento latía a toda velocidad y él no sabía por qué.

—Ayúdame a colocarlos en el árbol.

Con una especie de acuerdo no verbal, mientras Gin colocaba los de abajo, Gen colocaba los de

arriba, hasta que se encontraron en el medio. Sus cuerpos estaban demasiado cerca, sus manos rozándose, sus respiraciones uniéndose apenas a unos centímetros de sus caras y sus ojos entrelazando sus miradas. Se dijeron tantas cosas durante ese silencio que a Ginger se le erizo el vello.

—Perdona —dijo él al rozar su mano.

—Eh... no te preocupes.

—Chicos, la estrella ya está —informó Mae.

Gin se la arrebató de las manos porque quería ser ella la que la pusiese arriba del árbol, pero como

llegaba justita se estiró poniéndose de puntillas. Eugene rápidamente la cogió por la cintura para

ayudarla a mantener el equilibrio. Realmente estaba disfrutando con esa tontería. Lo había pasado en

grande haciendo las figuritas, no recordaba el tiempo que hacía que no se sentía tan relajado y cómodo

con una mujer, casi una chiquilla. ¿Cuántos años tendría?, se preguntó. No se dio cuenta de que lo

había dicho en voz alta, hasta que ella contestó.

—Suficientes. Ya puedes soltarme. ¿Te gusta? Ahora necesito algodón —lo dijo todo de golpe, apenas había respirado.

—Ehhh, en el baño. Voy a buscarlo.

—Sabes que tienes loco al pobre muchacho, ¿no? —le preguntó Mae cuando Gen hubo desaparecido de la habitación.

—Oh, no lo creo. Es solo que es un hombre y aquí encerrado pues Seguro que si nos hubiéramos

conocido en otras circunstancias ni me habría mirado —contestó ella despreocupadamente.

—Ya, claro.

—¿Cómo era tu marido?

—Era un buen hombre, no me dio mala vida. Un poco pesado, discutíamos a menudo. Era muy perfeccionista. Grande y fuerte, siempre tenía que salirse con la suya. Pero también podía ser muy tierno —mientras decía esto a Mae se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Siento mucho haber sacado el tema —dijo Gin abrazándola.

—Oh, no te preocupes, es que a veces le echo de menos.

Eugene llegó hasta la habitación en ese momento, y al ver a las dos mujeres fundidas en ese abrazo, se paró en seco y decidió no entrar, respetando así el momento de intimidad.

—En cierto modo, el muchachote me recuerda a él —le confesó secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Sí? —se sorprendió Gin.

—Mi marido era cabezón como él, siempre se salía con la suya y si no ganaba las discusiones, bueno digamos que sabía cómo convencerme.

Ginger levantó mucho las cejas ante lo que suponía esa afirmación.

—¡Mae!

—No te asustes niña, acaso crees que no me he dado cuenta de cómo os miráis. Ahora peleas, pero dentro de poco te convencerá con una sonrisa, con un beso, con un ya sabes, si la cosa es complicada.

Y cuando te des cuenta habrás renunciado a todo lo que eres, a todo lo que quieres en la vida, a ti.

Todo por amor, todo por él —confesó casi en un susurro.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó la chica, sabiendo que Mae no estaba hablando de Gen y de ella, sino de su relación con su marido.

—Richard. Alto, guapo, moreno con ojos grises. De mayor se le hizo el pelo cano, pero no le restó

ni un ápice de atractivo.

—Has tenido que sufrir mucho con su muerte.

Mae dejó de mirar al vacío y se centró en ella.

—¿Sabes? Es curioso, sigo hablando con él, como si aún estuviera aquí —contestó obviando la verdadera pregunta.

—Supongo que es normal si pasasteis muchos años juntos.

—Supongo. Cincuenta.

—¿Años? —se asombró Gin.

—Sí, cincuenta años. Estuvimos hablándonos dos años, pero luego lo llamaron a filas. Se fue a la guerra y antes de irse, digamos que se aseguró de que no me olvidara de él. ¿Quieres un zumo? Yo voy a tomarme uno antes de cenar.

—¿Qué tal una copa de vino?

—No sé si habrá. Vamos a mirar —se dirigieron a la cocina. Rebuscando por los armarios encontraron una botella de tinto, lo abrieron y se sirvieron dos vasos.

—Y cuéntame, ¿qué tal fue tu primera vez, Mae? —preguntó dando descuidadamente un sorbo al vino.

—Uf, hija, hace tanto que ya ni me acuerdo.

—Vamos, Mae, eso no se olvida.

—Hum, creo que estaba tan triste porque se iba y podían matarlo, que no dejé de llorar y fíjate ahora —se calló la segunda parte de la frase, «qué poco me ha costado matarlo yo misma».

—¿Y qué me dices de ti? ¿Hay algún amiguito esperándote fuera de aquí o el muchachote tiene el camino libre?

—Ja, ja, ja, Mae, te imaginas cosas. Entre el muchachote y yo no hay nada. Y no, no hay nadie

esperándome fuera —dio un último trago a su vaso y los volvió a llenar.

—Los hombres como él son peligrosos.

—¿Los hombres como Gen?

Mae afirmó con la cabeza.

—Te anulará —le advirtió.

—Te repito que no va a pasar nada entre los dos. Y no voy a dejar que ningún hombre me anule.

—Brindo por eso —dijo la anciana levantando su copa. Después del brindis volvieron a rellenar los recipientes.

Eugene se acercó a la puerta y las observó unos instantes antes de intervenir. Ellas ni siquiera se habían percatado de su presencia, enfrascadas como estaban en la conversación y el rojo líquido.

—Señoras, ¿no creen que ya han bebido suficiente? —les indicó cogiendo la botella a la que apenas le quedaban unos dedos de vino.

—¡Eh! Deja eso aquí. Ya somos mayorcitas para decidir hasta dónde podemos beber —protestó Gin intentando cogerle la botella.

—Pues a mí no me lo parece —contestó él poniendo la botella en alto para que la chica no llegará, ya que se había alzado como empujada por un resorte e intentaba quitársela de la mano.

—¡Dámela, zopenco! —gritó ella.

—Lo que vamos a hacer es preparar algo de cena, os hace falta. Para ya. Mira, Mae se ha dormido.

Gin se dio la vuelta y vio que la mujer se había quedado dormida apoyada sobre la mesa.

—Voy a llevarla a la cama, prométeme que te portarás bien —dijo dándole un toquecito en la nariz, mientras dejaba la botella sobre el frigorífico.

Ginger no le contestó, se cruzó de brazos y apretó la boca antes de sentarse en el taburete.

Eugene cogió en brazos a la anciana y la sacó de la cocina. Era un hombre muy fuerte, Mae no era

una mujer pequeña y él la había cogido como una pluma. Era tan sexy. Le gustaría tanto que la besara ahora como lo había hecho esa mañana.

Eugene entró en la cocina y la vio inclinada en la nevera, con el trasero en pompa. ¡Qué trasero!

Redondo y respingón, parecía que le pedía a gritos que lo acariciara.

—Ejem —Gen carraspeó para que ella se diera cuenta de que estaba ahí. La chica se dio la vuelta mordiéndose el labio.

—Al final me he quedado sin pavo —dijo.

—Lo siento, pero tienes árbol. Uno de dos, no está mal. Por cierto, aún no has puesto el algodón.

—Después de cenar. Hay queso y salami, ¿te parece bien?

—Me parece perfecto. Voy a cortar pan.

—¿Qué habrías hecho tú si no te hubiera tocado hacer de niñera? —él sonrió.

—Iba a cenar con mi tío, está en un asilo.

—¿No existe una señora Eugene? —preguntó ella.

—Ribs. Señora Ribs.

—¿Estás casado? —preguntó Gin. Gen no habría sabido decir si su gesto era de contrariedad.

—No, pero si lo estuviera sería la señora Ribs, es mi apellido. — A Gen le pareció adivinar que una

sonrisa se escondía tras su preciosa boca.

—¿Qué te parece si nos acabamos el vino?

—Tú ya has bebido bastante, y yo no bebo.

—¿Nunca?

—No.

—¿Eres alcohólico? —le preguntó sin rodeos.

—Vas directa al grano, ¿eh?

—¿Lo eres?

—No.

—Pues yo quiero, dámelo.

—No.

—Que me lo des —repitió la chica acercándose a él de forma amenazadora.

—He dicho que no —contestó él interponiéndose entre ella y el vino.

—No tienes derecho a prohibirme nada —se quejó Gin intentando alcanzarlo.

—En estos momentos soy el único adulto responsable en esta casa y además soy agente del orden,

así es que sí, tengo derecho a prohibirte lo que me dé la gana —no estaba seguro de por qué le gustaba

provocarla, pero le gustaba, sabía que esa respuesta la haría saltar indignada y la estaba esperando.

La vio entrecerrar los ojos primero y tambalearse después.

—Me he mareado —dijo mientras tomaba asiento.

—Era de esperar, pon la cabeza entre las piernas, voy a por las sales —antes de salir le acercó la

papelera—. Úsalo si ya sabes.

Ella hizo un gesto afirmativo con una mano mientras se llevaba la otra a la frente.

Eugene no se podía creer lo que vio cuando entró en la cocina. Allí estaba ella de pie al lado de la

nevera, con un vaso lleno de vino en una mano y la botella vacía en la otra.

—Salud —le dijo en cuanto lo vio entrar y dejó que el vino desapareciera por su garganta de un

solo trago, después depositó el vaso en la mesa de un golpe, se acercó a él y le puso la botella vacía en

las manos.

—¿Cenamos? —preguntó con fingido tono de inocencia.

—Eres una gran actriz —dijo él dejando la botella en la encimera —. ¿Has leído alguna vez el cuento de Pedro y el lobo? —preguntó sentándose a la mesa donde ella ya estaba poniendo un poco de queso sobre un trozo de pan.

—No me lo digas, tú eres el lobo y me vas a comer —sonrió coqueta pasándose un dedo por el escote de la camiseta.

—No deberías decir mentiras, no es de niñas buenas.

—Pero yo no soy buena, soy una mocosa. ¿Me vas a castigar? —Eugene observó desconcertado cómo Ginger se pasaba la lengua despacio por la boca y terminaba con un bocadito en el labio inferior, a la vez que estrechaba los hombros marcando su escaso pero muy atractivo pecho.

—¿Se puede saber a qué demonios estás jugando? —dijo entre enfadado y divertido.

—No sé de qué me hablas —lo ignoró ella.

—¿Estás intentando seducirme? —se atrevió a preguntar.

—¿Te molestaría que lo hiciera? —preguntó Ginger enroscándose el pelo en un dedo.

—Sí, así es que déjalo ya —contestó muy serio.

El gesto de Gin cambió por completo, frunció el entrecejo, tiró de mala gana la servilleta sobre la mesa y apretó los puños mientras se ponía de pie.

—Tú recoges, por zopenco —dijo enfadada.

Pasó por su lado como un huracán camino del salón.

Eugene terminó de cenar y recogió la mesa, dejó los platos en el lavavajillas y fue al salón ya preparado para el siguiente enfrentamiento.

La encontró en el sofá mirando el árbol al que ya había puesto el algodón a modo de nieve. Era el mejor árbol que Gen había visto nunca. Y ella era preciosa, iba vestida apenas con una camiseta que le

estaba enorme y unos calcetines. Un momento, esa camiseta era de él y los calcetines también. La

muy descarada, había hurgado en sus cosas y se había cambiado usando la ropa de él. Nunca había

deseado tanto a una mujer, definitivamente lo iba a volver loco. Le parecía mentira pensar que ayer a

estas horas ni siquiera la conocía, parecía que hubiesen pasado años y fuera suya. Suya. Estaba

empezando a desvariar, pensó. Lo mejor sería irse a dormir.

—Deberías irte a dormir —propuso él.

—Sí. Te he cogido esto, espero que no te importe.

—No me importa.

—¿Tú no te acuestas? —indagó recostándose en el sofá.

—Vete a tu cama, vamos —ordenó intentando no acercarse.

—Llévame, como has hecho antes con Mae —pidió ella con voz apenas audible.

—No.

—¿Por qué? ¿Me tienes miedo?

—Sí.

—No seas ridículo. Venga, estoy cansada.

Él pensó que sería más rápido llevarla que seguir discutiendo, pero solo se estaba justificando a sí

mismo porque la verdad era que estaba deseando tenerla entre sus brazos.

Se acercó al sofá y pasando un brazo bajo las rodillas de ella y el otro bajo su espalda la elevó en el

aire. Ella sintió que flotaba y no solo por el efecto del vino. Su cabeza era como una nube, parecía que

se le habían agudizado el sentido del olfato y el tacto, mientras que el de la vista se dormía. Cerró los

ojos, apoyó la cabeza en el fuerte y musculoso pecho de él y aspiró su aroma. Un malévolo dedo viajó

inquieto bordeando la camisa abierta hasta el pecho, notó con satisfacción que a Gen se le erizaba el

vello.

—Nena, déjalo ya —ordenó en un susurro.

—No estoy haciendo nada —se quejó ella levantando la cabeza para enterrarla en su cuello.

Dios, pensó Eugene, por fin habían llegado al dormitorio. Le estaba costando la vida no responder a

las suaves y malintencionadas caricias. La soltó en la cama de golpe, sin ningún miramiento.

—¡Ayyy!, pero mira que eres bruto —gritó la chica.

—¿Ya no quieres comerme, loba? —se burló él.

Ginger se removió y sus braguitas quedaron expuestas y a la vista de Gen, que reaccionó enseguida

agachándose y tirando de la camiseta hacia abajo para cubrirla, aunque lo más inteligente habría sido salir de allí corriendo.

Gen estiró los brazos y se los pasó por el cuello.

—Sí, quiero —dijo ella.

—¿Qué? —preguntó Gen confundido.

—Comerte. Sí, quiero —contestó la muchacha con una sonrisa pícara que lo decía todo.

—Eso no va a pasar —respondió él.

—¿Por qué? —preguntó ella casi en suspiro.

—Por lo poco que te conozco, yo diría —Eugene suspiró y agarró las manos de ella para quitarlas

de su nuca y ponerlas en la almohada, antes de continuar—, que o bien habla el alcohol, o bien estás

tramando algo y yo ya soy viejo para cualquiera de los dos juegucitos.

Y sin más se levantó de la cama y se dirigió a su dormitorio, no sin recibir un almohadazo por parte

de Gin cuando ya casi estaba en la puerta.

—Me temo que vas a tener que levantarte a recogerla —comentó sonriendo, antes de salir.

Una vez fuera oyó otro golpe en la puerta, no sabía qué podía ser lo que se había estrellado esta vez.

Eugene cogió un pantalón de chándal de su maleta todavía por deshacer y fue al salón, se cambió y

dejó el pantalón de vestir y la camisa en una silla.

No sabía exactamente cuánto tiempo había pasado, tal vez un par de horas, cuando oyó un ruido.

Eugene abrió despacio los ojos, esto era algo que se imaginaba.

Ginger vestida de nuevo con las mallas y la camiseta del uniforme y la mochila a la espalda,

rebuscaba en los bolsillos de su pantalón.

No pudo evitar una sonrisa, era evidente que esa chica no se rendía con facilidad, y eso le gustaba

mucho, ella le gustaba mucho.

—¿Buscas esto? —susurró sacando las llaves de la casa del bolsillo de su chándal.

Gin no pudo reprimir un grito ahogado.

—Me has asustado, capullo —le increpó.

—Esa boquita —se burló él volviendo a cerrar los ojos.

—¿Es que no piensas dormirte nunca? —preguntó frustrada.

—No me pagan para dormir. ¿Y tu cabeza?

—Me duele un poco —contestó dándose por vencida. Se acercó al sofá y levantando los pies de

Eugene se sentó y se los colocó encima.

A él le gustó, le encantó esa intimidad, se sentía muy cómodo, como si fuesen una pareja.

Ella recostó la cabeza en el respaldo.

—No voy a poder salir de aquí, ¿verdad? —preguntó con tristeza.

—Verdad —contestó él algo apesadumbrado.

—La cabeza me da vueltas —se acomodó encima de él.

Eugene depositó un tierno beso en su coronilla, y acarició su espalda y su cabello corto hasta que

oyó la respiración acompasada que le indicó que se había quedado dormida.

Por segunda vez esa noche la llevó a la cama, esta vez la depositó con cuidado y la cubrió con el

edredón. Se permitió un minuto admirando ese rostro: enigmático, bonito, intenso esos labios

carnosos, la nariz respingona, las pecas que salpicaban su rostro. Lo grabó en su mente, no quería que

se le olvidara con el tiempo. No sabía por qué, pero no quería.

Capítulo 5

¿Y tú quién eres?

Al despertar al día siguiente, Ginger notó que la cabeza le pesaba, tenía la boca reseca y una

enorme pesadez en todo el cuerpo. Tardó unos minutos en darse cuenta de dónde estaba, le costó

centrarse y recordar los acontecimientos del día anterior.

Un rostro apareció en su mente, un hombre muy guapo, alto, fuerte. Los labios se le curvaron en

una sonrisa. Miró por la ventana, caían copos de nieve, de nuevo la invadió la nostalgia pero por algún

motivo ya no sentía deseos de escapar, solo quería ir al baño y acicalarse para que Gen la viera guapa.

La casa parecía en silencio. Al pasar al lado de la habitación de Mae escuchó voces, en

realidad era una sola voz, la de Mae.

—¿Por qué tuviste que ponerte tan pesado? ¿Sabes que no lo habría hecho si tú no te hubieras

comportado así? ¿Qué querías que hiciera? Ibas a encerrarme, lo sé. Después de tantos años y ¿de

verdad, te costaba tan poco deshacerte de mí?

Gin supuso que hablaba con su marido, tal y como le había confesado la noche anterior. Aunque un

poco intrigada por el contenido de sus palabras, decidió dejarle intimidad y siguió su camino hacia el baño.

—¡Calla! —ordenó Mae a su marido—. He oído un ruido.

Rápidamente fue hasta la puerta y la abrió, le dio tiempo de ver cómo la jovencita entraba en el baño. ¿Habría escuchado algo?

—Tenemos que ser más cuidadosos —susurró la anciana—. No queremos que nos descubran. No

querría hacerle daño a la chica, a él ueno, él me recuerda demasiado a ti y la está manipulando, si la cosa sigue así tendré que tomar cartas en el asunto.

Gin se miró al espejo, tenía un aspecto horrible, se daría una ducha y si ni siquiera tenía ropa

interior para cambiarse. Tendría que pedirle algo a Mae, se deshizo de sus prendas y se metió en la

ducha. Experimentó un alivio inmediato cuando las gotas de agua muy calientes rozaron su piel, dejó

que se deslizara por su cuerpo largo rato, antes de enjabonarse.

Al salir se sentía como nueva, se colocó una toalla y fue hacia la cocina para prepararse un café

muy cargado, tal y como a ella le gustaba, y no el sucedáneo que le había preparado Gen el día antes.

Cuando pasó por el salón se dio cuenta de que él no estaba allí, así es que probablemente se lo

encontraría en la cocina. Y así fue.

Estaba inclinado en el frigorífico con la puerta abierta, como buscando algo. ¡Vaya trasero! Hasta

ahora no se había dado cuenta, pero con esos vaqueros incluso le pareció más delgado. Lo recordaba

más grande, fuerte comenzaba a darse la vuelta.

—¡Ahhhhhh! —gritó Gin al verle la cara—. ¿Quién cojones eres tú?

—Tranquila, soy Jack, compañero del jefe —dijo el chico. Tenía el pelo moreno como Eugene,

también era musculoso pero más delgado y más joven. Ginger calculó que tendría su misma edad.

—¿El jefe? —quiso saber ella.

—Gen, le llamamos así en comisaría. Ya te habrás dado cuenta de que es muy mandón.

—Sí, me he dado cuenta —contestó la chica relajándose un poco.

—¿Café? —preguntó Jack con la jarra en la mano—. Aunque tal vez quieras ponerte algo antes.

—No tengo nada que ponerme —repuso Gin.

—Hummmm, en la habitación están la maleta del jefe y la mía, puedes coger lo que quieras.

Ella se giró para ir a vestirse, pero antes quiso saber.

—¿Dónde está el jefe?

Con que no le gustaban los motes ¿eh?

—Se ha ido a descansar, nuestros turnos son de veinticuatro horas —contestó Jack mientras rompía

unos huevos en la sartén—. Volverá mañana, no te preocupes.

—No me preocupo —se apresuró a contestar Gin.

Al pasar delante de la habitación de Mae no pudo evitar poner la oreja contra la sólida madera para

intentar escuchar algo, estaba preocupada por la anciana.

¿Amaba tanto a su marido que estaba

perdiendo la razón tras su muerte?, se preguntó.

Apenas un ligero llanto se filtraba por la gruesa puerta. Ginger llamó.

—Mae, ¿puedo pasar? ¿Estás bien? —preguntó la joven.

La mujer abrió y la recibió en bata, con los rulos puestos bajo una redecilla y ojos llorosos.

—He tomado una decisión —informó.

—¿Sí? ¿Y por qué has llorado? —se interesó Ginger.

—Yo lo que tengo que hacer no es fácil.

—¿Te refieres a declarar?

—Ehhh no, no. Voy a hacerte un regalo.

—¡Qué bien! Me encantan los regalos, sobre todo en Navidad, ¿qué es?

—Es una sorpresa, aún no te lo puedo decir —contestó la anciana dándole un pellizco en el moflete.

—Pero yo no tengo nada para ti.

—Oh, no te preocupes, cariño, yo ya soy vieja para querer nada, lo único que quería lo perdí hace

poco —Gin notó cómo el rostro de Mae se curvaba en un gesto difícil de definir.

—Por cierto, Eugene no está, ha venido a sustituirlo un chico. Parece que él no volverá hasta

mañana —informó Ginger antes de ir hasta la habitación en la que los chicos habían acomodado sus pertenencias.

¡Maldición!, exclamó casi para sí misma Mae. Le había costado toda la noche decidirse a acabar con él y ahora no estaba.

Tenía que hacerlo, le había cogido cariño a esa chica y no podía dejar que él le hiciera daño, tal y como su marido se lo había hecho a ella.

Su adorado Richard. ¡Habían sido tan felices! ¡Habían pasado tantas cosas juntos! Y al final de sus

vidas él se había vuelto contra ella. Seguro que la perra de su hermana tenía algo que ver, nunca le

había caído bien. A Richard le había dado por decir que ella hacía cosas raras, incluso le dejó que la

llevase a un loquero. El muy idiota solo quería sacarles los cuartos, y Richard, su Richard, se tragó todas sus mentiras.

Que era mejor internarla, que podía llegar a hacerse daño a sí misma y a otros. ¡Daño! Ella, que

tanto lo quería, que no podía soportar la idea de vivir sin él. Encerrada con todos esos locos, alejada de su casa, de su amor. Y lo peor es que era tan guapo. Su vecina le había echado el ojo, seguro que en cuanto la encerrara en el centro tal y como recomendaba el doctor, se habría liado con ella y eso no, eso no lo iba a consentir, antes muerto, así sería siempre suyo. En la iglesia dijo eso, ¿no? Se atrevió a jurarlo ante Dios. Pues así sería, para siempre.

Está bien, esperaría un día más y después le haría a esa chica el mejor regalo de su vida, la librería de él. Porque de una cosa estaba segura, la muy tonta había caído con todo el equipo y en unas horas se había enamorado por completo. Lo sabía de primera mano, ella se enamoró la primera vez que lo vio en aquel parque, vestido de soldado, ¡qué bien le sentaba el uniforme! Cayó rendida en el mismo momento en que Richard giró el rostro y le sonrió, a ella, solo a ella. Como si no hubiera nadie más en el mundo, sí, eso era, así es como él la hacía sentir.

Y en cuanto acabara con el muchachote, se iría ella. No soportaba un día más la vida sin él.

Un gran amor, una gran pérdida. No, la chica no podía pasar por eso.

A lo lejos sonaron unas campanillas y un coro de niños. Villancicos, copos de nieve, regalos inolvidables. Estaban teniendo unas verdaderas Navidades Blancas.

Ginger entró en la habitación, vio la misma maleta en la que rebuscó ayer la camiseta que se puso de Eugene, cogió una camisa azul marino y se la colocó. Como no tenía ropa interior propia, se puso también unos boxer de él. Se miró en el espejo, y teniendo en cuenta que la camisa le llegaba casi a las

rodillas, estaba de lo más decente. Se fijó en la ropa que poblaba la maleta, clásica, como él. Un

hombre a la antigua usanza, seguro de sí mismo, duro, misterioso Ginger sacudió la cabeza, tenía que

dejar de pensar en Gen de esa manera, le estaba haciendo sentir cosas tan intensas, enfado, deseo,

miedo añoranza. ¿Cómo podía echar de menos a alguien a quien había conocido apenas veinticuatro

horas antes? No lo sabía, pero sí sabía la decepción y el enojo que había sentido al saber que no lo iba

a ver en todo el día, el día de Navidad. ¿Estaría sufriendo el síndrome de Estocolmo?

Tan lejos de su familia, de sus amigos, aislada ¡Si por lo menos hubiera podido estar con él! Ya

estaba otra vez con eso. Tenía que echarlo de su cabeza, pero era tan guapo.

—Jefe, no tienes por qué preocuparte, ya se ha despertado y No, no ha intentado escaparse No, no

me ha dado ningún mamporro. No, no ha querido saltar por la ventana, pero la vigilaré. Ha ido a

ponerse algo de ropa, de la nuestra. Le he dicho que coja lo que quiera, supongo que cogerá algo mío,

es más de su talla.

Al colgar, Jack se preguntó a qué venía el interrogatorio, como si no confiara en él. Tampoco era la

primera vigilancia conjunta que hacían. Le había hablado como si aún fuera novato, y esa pobre chica

el mismísimo demonio.

La anciana entró en la habitación cuando Jack, sentado a la mesa, se disponía a completar un

solitario con las cartas.

—Buenos días, joven —dijo la señora que llevaba sus agujas de hacer punto bajo un brazo y una

bolsa con varias lanas en el otro.

—Buenos días, señora —contestó él levantándose de la silla—. ¿Le apetece un café?

—No estaría mal. No sé por qué, pero esta mañana me he levantado con la cabeza un poco embotada —informó Mae.

—Oh, yo sí sé por qué, y por si te sirve de consuelo yo estoy igual —intervino Gin riéndose al entrar en la habitación.

El muchacho desapareció en la cocina y a los pocos minutos apareció con sendas tazas de café para las mujeres.

—Deberían comer algo —les dijo.

—¡Oh! No podría —se apresuró a decir Mae.

—Ni yo. ¿A eso podemos jugar los dos? —preguntó Ginger a Jack fijándose en las cartas.

—Por supuesto —contestó él.

—¿Y qué tal un póquer a tres? —sugirió Mae.

—¿Póquer? —se sorprendió Jack.

—No siempre fui vieja, ¿sabéis? Y me veo obligada a informaros de que lo más probable, es que os desplume —les confirmó dejando a un lado las agujas y acercándose a la mesa.

—No se hable más, yo nunca digo que no a un reto —bromeó el chico.

—¿Y qué apostamos? —preguntó Gin.

—¿Garbanzos? —propuso Jack.

—Sí y algo más, diez dólares por cabeza y el primero que se quede sin blanca preparará el

almuerzo, y el segundo recogerá los platos y la cocina —sugirió Mae.

—Señoras, siento decirles que se van a pasar la tarde en la cocina —se rió el joven a la vez que comenzaba a barajar.

Gin bufó ante el comentario, pero Mae se limitó a mirarlo directamente con los párpados entrecerrados.

—Señora, tengo que decirle que esa mirada suya es mortal — comentó Jack medio en broma.

—No sabes tú cuánto —se limitó a contestar la anciana con una sonrisa de medio lado que decoraba a la perfección un rostro repleto de arrugas.

El almuerzo lo preparó Ginger. Tuvieron una comida amable y amena, rieron las ocurrencias de

Jack, Gin les relató anécdotas de los castings y de su trabajo como repartidora y Mae les habló de su marido.

A Jack le tocó recoger y poner el lavavajillas y la anciana se retiró a su habitación a echar la siesta con veinte dólares más en su bolsillo.

Media hora después, los jóvenes estaban sentados en el sofá con una humeante taza de café cargado en las manos.

—El café te sale buenísimo, tal y como a mí me gusta. Gen hace agua sucia —se quejó Gin.

—Todo esto ha tenido que ser muy difícil para ti, ¿no? — preguntó.

—¡Por Dios! Una persona razonable que lo entiende —aseveró ella abriendo las manos en el aire.

—El jefe a veces es un poco obtuso, pero es buena persona. Te aseguro que se preocupa por todo lo que le rodea, y por ti también.

—¿Por mí? No digas tonterías, se preocupa por Mae, eso lo entiendo. Pero, ¿crees que en algún

momento se ha parado a pensar cómo me he sentido yo con esto? —En realidad era una pregunta

retórica, Gin no esperaba que Jack contestase y él no lo hizo.

—Para mí ha sido como no sé, un shock, algo insólito. Tendría que estar en mi casa disfrutando de

la Navidad, ¿sabes? Me encanta esta época del año, la decoración, los regalos, las reuniones familiares

—Eugene es un hombre solitario, no entiende mucho de estas cosas. A mí también me gusta. Por

cierto, el árbol te ha quedado precioso, porque supongo que lo has hecho tú.

—Sí. Bueno, Eugene me ayudó con la decoración —informó ella.

—¿Perdón? ¿El jefe colocando papelitos decorativos en un árbol de Navidad? —se sorprendió Jack.

—Ajá —contestó ella con cierta satisfacción.

—Un punto para ti, querida —dijo el muchacho levantando la taza a modo de brindis.

—Además, compró el árbol —comentó muy orgullosa. No sabía por qué, pero notaba unas

cosquillitas en el estómago al pensar en lo que Gen había hecho por ella, por tratar de contentarla y

notó cómo su enfado comenzaba a disiparse.

—¿Que compró el árbol? ¿En qué momento? ¿Salió del apartamento? —preguntó Jack.

—Eh enía que recoger mi bici del portal y de paso compró el árbol —dijo Gin. Por un momento

temió haber metido la pata, era probable que al hacer eso Gen se hubiese saltado algunas normas y si

Jack informaba — No dirás nada, ¿verdad? —rogó la chica.

—Le debo unas cuantas al jefe, y debe ser la primera vez que se salta el protocolo. Vaya, sí que

debes de gustarle —comentó con una sonrisa traviesa.

—¿Tú crees?

—Créeme, Eugene no hace excepciones. Bueno, no hacía.

Capítulo 6

LA decisión

—No me vas a convencer.

La anciana murmuraba mientras se paseaba por la habitación, guardando cosas en los cajones, que acto seguido volvía a sacar. Doblaba cuidadosamente prendas, que colocaba y descolocaba una y otra vez.

—¡Oh, claro! Para ti es un pobre chico, porque es igualito que tú. No voy a dejar que la utilice como tú hiciste conmigo.

....

—No, tú no me querías. Decías que sí, que lo hacías por mi bien. ¡Patrañas! ¿Cómo puedes encerrarme por mi bien en un un un? ¡Ahhhh! Ni siquiera soy capaz de decirlo. ¿Quieres saber lo que me hacían ahí? ¿Quieres saberlo? Me ataban como a los animales. Mientras yo me retorcía intentando escapar y te llamaba pensando que vendrías a salvarme. ¡Ohhhh, mi héroe! Y un día miré por el maldito ventanuco de la habitación, ¿y quién estaba contemplando impasible cómo me torturaban? Tú, maldito, tú estabas allí. Mirando. Y en ese momento me di cuenta. No solo no ibas a ayudarme, sino

que estabas con ellos, los que me hacían daño eran tus amigos, tus aliados. Tú los habías mandado.

¿Por qué? ¿Por qué? Me pregunté tantas veces allí encerrada el porqué. Hasta ese día, ese maldito día

en el que apareciste con ella, y lo entendí. Todo lo orquestasteis para poder quedaros juntos y a solas.

...

—No trates de convencerme de que estoy loca. Mi cabeza está en su sitio. Siempre lo ha estado.

...

—No, no me amabas, no me amas. ¿Crees que no sé por qué estás aquí? Lo único que quieres es seguir torturándome. Pues me da igual.

...

—¿Que ese chico no tiene la culpa? Él, tú, todos vosotros encantadores de serpientes, todos tenéis la culpa. Solo que a él, igual que a ti en su momento, le saldrá mal. Porque yo me voy a encargar de ello.

...

—¡Oh, no, querido! He descubierto que es muy fácil engañar acerca de las cosas que pasan por la mente de uno. ¿Recuerdas cómo engañé a los médicos? No te lo esperabas, ¿eh? «Te he recuperado, mi amor» eso dijiste. ¡Ja! Ni por un momento me engañaste, la querías a ella y hubieses aprovechado cualquier debilidad por mi parte, para volver a encerrarme. Solo que no te di esa oportunidad. Siempre dijiste que era demasiado inteligente para mi propio bien. Bueno, en este caso, fue para el tuyo.

...

—¡Déjame! Quiero descansar. ¡Oh, sí me vas a dejar! Al fin y al cabo eres mi fantasía. ¡Fuera!

Los momentos de lucidez eran para Mae los peores. Sabía lo que había hecho y se sentía miserable, culpable y apenada.

Capítulo 7

CUANDO todo terminó

En ese momento sonaron unos golpes en la puerta.

—Dios, la vecina otra vez —dijo ella.

—No creo, les ha tocado un viaje en un misterioso sorteo. Están celebrando la Navidad en Los

Ángeles —informó el joven.

—¿Qué? A ellos les toca el viaje y yo aquí encerrada —se quejó la chica.

—Shhh —murmuró él mientras se acercaba a la puerta a investigar por la mirilla.

—Pero, qué demonios —exclamó Jack mientras abría la puerta.

Al ver a Eugene ahí parado con varias bolsas en sus manos, Gin no pudo evitar una sonrisa que

rápidamente convirtió en un gesto de enfado cuando él la miró de aquella manera que le ponía los pelos de punta.

Gen entró y Jack cerró rápidamente la puerta, mientras el primero se dirigía a la cocina a dejar una bolsa sin decir nada.

Cuando volvió al salón, vio que Ginger había puesto la televisión y la miraba muy interesada

mientras su compañero lo esperaba de pie en mitad de la habitación con los brazos en jarra y las cejas

levantadas.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —preguntó.

—He pensado que te gustaría pasar las fiestas en casa, yo ya he hecho lo que tenía que hacer y

puedo quedarme aquí. Solo es necesario que vengas unas horas para que pueda dormir y

—Para el carro jefe, estamos fuera del procedimiento —informó el joven.

—No necesito que me recuerdes el procedimiento, yo monté el operativo, ¿recuerdas? —contestó

él.

—¿Has dormido algo, al menos? —se interesó Jack.

—Suficiente.

—¿Has visto a tu tío? —preguntó.

—He comido con él. Ahora vete antes de que me arrepienta. ¿Y Mae?

—Descansando en su habitación después de desplumarnos. ¿Estás seguro de esto? —insistió el

joven. Eugene no le contestó, se limitó a mirarlo un instante antes de dirigirse hacia el sofá y

comenzar a comportarse como si ya no estuviera allí.

Después de sentarse al lado de la chica le puso en el regazo un par de bolsas. Ella las apartó sin

desviar la vista del televisor.

—Te sienta muy bien mi ropa, pero te he traído cosas de chicas —informó.

Ella tuvo que apretar la boca para evitar reírse. Siguió mirando la televisión.

—¿No quieres ver lo que es? —insistió él.

Ginger cogió su taza y la de Jack de encima de la mesa y se marchó hacia la cocina pasando por

delante, primero de Gen y después de su compañero, que presenciaba la escena con curiosidad.

—¿Deberías contarme algo? —preguntó Jack a su compañero.

—No —fue la escueta y cortante respuesta de éste mientras se mesaba el pelo.

De repente oyeron un gritito ahogado en lágrimas que escapaba de la cocina. Los dos hombres se

apresuraron para llegar allí cuanto antes pistola en mano. A pesar de estar más lejos, el primero en llegar fue Eugene.

—¿Qué pasa? —le preguntó alarmado.

—Lo has hecho —contestó ella volviéndose hacia la puerta, para mirarlo directamente. Gen

distinguió las lágrimas en sus ojos.

—¿Qué es lo que? —intentó decir. A su lado Jack movía la cabeza negativamente mientras

guardaba la pistola en su funda. También Gen la guardó al ver que no había ningún peligro, pero a él le

gustaba llevarla en la parte trasera del pantalón, en el lado izquierdo, ya que era zurdo y le resultaba más cómodo así.

Aún estaba en ello cuando la chica se abalanzó sobre él en un tremendo abrazo. Al principio le

costó reaccionar, se quedó petrificado con los brazos a la espalda mientras ella apretaba. Por fin se

atrevió a posar sus grandes manos en los brazos de la chica que rodeaban sin ningún decoro la cintura de él.

—Vaya, parece que por fin he hecho algo bien. Si reaccionas siempre así, procuraré complacerte

más a menudo pero, ¿te importaría decirme qué es lo que he hecho? —preguntó apartándole el

flequillo para ver mejor sus chispeantes ojos.

Ginger alzó la cabeza todo lo que pudo y la mano libre de él se depositó en la nuca de la chica como

guiada por una fuerza invisible.

—Has traído el pavo —contestó dejando que las lágrimas rodaran por sus mejillas.

A Gen se le escapó una profunda risa.

—Eres una chiquilla —dijo con cariño—. ¿Sabes prepararlo? Porque yo no tengo ni idea.

—Esto yo me voy, ¿me despediréis de Mae? —pero nadie le respondió, de modo que salió por la puerta mascullando algo acerca de lo inapropiado de la situación.

Ginger se puso de puntillas y le plantó un delicado beso en la mejilla al hombre. Su cara raspaba, hoy no se había afeitado, tenía las ojeras marcadas y Gin no pudo evitar rozarlas con la punta de sus dedos.

—Pareces cansado —comentó en un susurro.

—Estoy mejor que nunca —contestó él. Eugene acercó sus labios a los de ella hasta que se rozaron, se quedaron así un instante sin atreverse a darse ni a pedirse más, hasta que una fuerza interior los arrastró hasta las profundidades de un encuentro para el que ninguno de ellos estaba preparado. Sus lenguas se enzarzaron en una batalla, sus bocas se fundieron en una sola, impidiéndoles respirar con normalidad. Ginger se aferró al poderoso cuello del hombre, que la levantó en el aire sin dejar de besarla.

Ninguno de los dos fue consciente de que un par de ojos vigilantes escudriñaban la escena con repulsión y desde luego, con ansias de venganza. Ese hombre representaba todo lo que ella había amado, todo lo que ahora odiaba. Tendría que hacerlo esa misma noche.

Pasaron el resto de la tarde preparando el pavo, Gin y Mae lo cocinaban, Eugene básicamente

molestaba hasta que Ginger lo echó de la cocina.

Era curioso, Gin se sentía como si realmente estuviera rodeada de familia con Mae y Gen por allí,

se estaba divirtiendo tal y como debe ser en Navidad y había tenido sus regalos. A la ropa no le había

hecho ni caso porque con la de él se sentía muy a gusto, pero había sido todo un detalle.

Cuando por fin todo quedó preparado, Gin fue al salón a sentarse al lado de Eugene que estaba estudiando unos informes.

—¿Qué haces? —preguntó la chica.

—Reviso los informes del caso —contestó él.

—¿Tienes que hacerlo ahora?

—Supongo que no, pero es que hay algo que no me cuadra en la historia de Mae —confesó Gen.

—¿Y por qué no le preguntas?

—La interrogaron un montón de veces antes de asignarnos el caso, en teoría está todo aquí pero no

sé, mi instinto dice que algo falla. ¿Dónde está?

—Ha ido a darse un baño y prepararse para cenar.

—Tal vez puedas convencerme para que deje esto para luego —dijo Eugene dejando los papeles en

la mesa. Ginger sonrió y se sentó en el regazo de él enterrando la cabeza en su cuello, para lamer

lentamente las decididas palpitaciones que se desbocaban con cada caricia de la insidiosa y húmeda lengua.

Gen la agarró con fuerza tumbándola de espaldas en el sofá. Con mucho cuidado de no dejar caer

todo su peso sobre ella, se apoderó de su boca. Una de sus manos se deslizó por el cuello de la joven

hasta el escote, desabrochando a cada paso los botones de la camisa, que en ese momento a ella le

parecía una prisión. La experta boca del hombre bajó, siguió el recorrido antes dibujado por su mano,

hasta llegar al camino que separaba sus pechos, mientras la mano que había desbrochado la camisa se

entretendía en uno de ellos, dibujando círculos, pellizcando y acariciando por encima de la tela.

Con mucho pesar levantó la cabeza para mirarla a los ojos. Pero los encontró cerrados, concentrada

como estaba en disfrutar del maravilloso tacto de sus grandes manos y sus labios duros y calientes.

—Nena, tengo que parar —susurró.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Porque si no paro ahora no voy a ser capaz de hacerlo —contestó cerrando la camisa.

—¿Y quién te ha dicho que tengas que hacerlo?

—No estamos solos, ¿recuerdas? —susurró incorporándose y tendiéndole una mano, para que ella

hiciera lo mismo.

—¿Y si nos vamos a la habitación? —sugirió ella.

—Esto es una vigilancia, ya he incumplido suficientes normas como para un año, no puedo

meterme ahí contigo y olvidarme de todo —dijo acariciándole la cabeza.

—Vale, vuelve con tus informes, yo voy a ver qué me has traído, a ver si puedo arreglarme —

susurró ella.

Mae sintió algo parecido a la paz al sumergirse en el agua. Probablemente esta sería su última

noche pero eso, curiosamente, la tranquilizaba.

Mientras se pasaba el jabón por los brazos recordaba las caricias de su amante, su marido, su

hombre. A él le gustaba meterse en la bañera con ella y acariciarla con el jabón lentamente hasta que

la oía jadear. Desde luego era un gran amante, experimentado y generoso. En ese momento sintió una

oleada de soledad tan grande que tuvo que controlar las ganas de hundirse en el agua para no salir más.

Tenía que pensar, tenía que decidir cómo hacerlo. Podía intentar quitarle la pistola, pero era un

hombre grande y si la descubría no tendría ninguna oportunidad. Era necesario atontarlo primero un

poco. No le había visto beber, así es que emborracharlo quedaba descartado.

Repasó mentalmente las pastillas que tenía en su botiquín. Estaban los somníferos, ¿cuántos le

harían falta? Tendría que esperar a que le hicieran efecto y un hombre tan grande y fuerte además los

quería para ella, quería quedarse dormida y no volver a despertar y tendría que usar algunos con la

chica para que no se enterara de nada. También podía ir a lo seguro, con su marido había funcionado,

primero una buena cantidad de los betabloqueantes que Richard tomaba para la migraña y después

unas cuantas puñaladas. No sabía si eso saldría en una autopsia pero con su marido funcionó: las

heridas evidentes probablemente hicieron que no se buscara más allá. Ahora iba a ser distinto porque

ya no le importaba lo que pasara después, ya que ella tampoco estaría.

Decidió que dejaría una nota en la que contaría toda la verdad. El mundo tenía que saber de la

terrible traición que había sufrido a manos de su marido.

Se vistió para la ocasión. Para despedirse del mundo. Tal y como a él le gustaba que lo hiciera.

Gen la observó mientras se alejaba, sacudió la cabeza intentando vaciarse del deseo que lo había

invadido, y volvió a concentrarse en los malditos informes que no le cuadraban.

Una hora después, las dos mujeres aparecían por el salón, la anciana vestida con un traje azul

oscuro con estampado floral que se adaptaba a la perfección a sus voluptuosas formas. Un moño

blanco y estirado reinaba en su cabeza. Gen pudo observar que se había maquillado, tuvo que ser una

mujer muy guapa, pensó. Tenía estilo, eso estaba claro.

Inmediatamente su mirada se desvió, descansando en la joven que venía detrás. Eugene había

escogido ese vestido con cuidado. No era demasiado ceñido pero se amoldaba a su cuerpo dejando

intuir la fibrosa complexión de la chica. Sus muslos poderosos, sus piernas perfectamente diseñadas.

Se abría ligeramente en el escote, haciendo que la tela de seda fina cayera casi descuidadamente sobre

sus pequeños y perfectos pechos. La mirada de él se entretuvo ahí más de la cuenta haciendo que Gin

se sonrojase. Al fin decidió seguir el recorrido por su cuerpo hasta pararse en los desnudos pies.

—Se te han olvidado los zapatos —indicó ella sonriendo.

A Eugene se le escapó una carcajada.

—Señora y señorita están preciosas —comentó mientras echaba hacia atrás las sillas para que ellas

se acomodaran. Había preparado la mesa y así comenzó la velada, tranquila, agradable, una perfecta

cena de Navidad aunque con una noche de retraso.

Al terminar abrieron una botella de champan de la que apenas probaron un sorbo.

Gin no podía dejar de pensar en qué pasaría cuando todo aquello terminase.

A Gen no se le ocurría una tortura peor que estar allí encerrado con esa increíble mujer, casi una

semana más y no poder tocarla. Por otro lado, las fotos del cadáver de Richard, la autopsia, la declaración de Mae y todo daba vueltas en su cabeza intentando encajar, sin conseguirlo.

Mae solo podía pensar en disfrutar de su última cena, y en los vasos de leche que se ofrecería a preparar después para poder llevar a cabo su plan.

Una vez terminada la cena...

—Voy a preparar unos vasos de leche caliente con canela. Siempre se lo preparaba a mi marido

después de cenar. Lo ayudaba a relajarse y dormir —dijo Mae.

Ninguno de los dos jóvenes tuvo corazón para negarse, a pesar de que estaban llenos.

Cuando Mae salió de la cocina llevando en la mano una bandeja con dos vasos y una taza, los

encontró acurrucados en el sofá hablando en susurros.

Dejó la bandeja en la mesita, le dio la taza a Gen, el vaso grande para la chica y el pequeño lo cogió ella.

—Por una gran noche —dijo alzando su vaso.

—Por una de las mejores Navidades de mi vida, gracias a los dos y a Jack —contestó Gin.

—Me alegro de que al final te esté gustando y brindo por ello —confirmó Eugene.

Los tres le dieron un buen trago a su vaso y Mae sonrió con satisfacción.

—Yo me retiro, me lo terminaré en mi habitación —informó. Los otros dos se limitaron a sonreír

ante la expectativa de quedarse por fin a solas un rato.

Siguieron a la anciana con la mirada hasta que entró en su habitación y cerró la puerta tras de sí.

Gen terminó de un trago el contenido de su taza, Ginger apenas le dio un sorbo más y se puso de pie.

—¿Me acompañas? —murmuró algo temblorosa.

—Ginger, no puedo, no debo —contestó él en apenas un susurro.

—Solo un ratito, te lo prometo —suplicó ella.

—Gin, por favor. Aún tenemos una semana por delante, yo engo que quedarme aquí, no puedo dormirme ni distraerme demasiado.

La chica no volvió a suplicar, decidió tomar lo que quería sin más. Se sentó a horcajadas sobre él y

comenzó a besarlo con ansiedad, le lamió la boca, le mordió los labios, enredó sus dedos en el oscuro

y brillante cabello de él, le miró directamente a los ojos mientras mordía sus propios labios en un

gesto provocativo que tuvo el efecto inmediato que ella buscaba. Los azules ojos del hombre se

tornaron casi negros de deseo, la alzó en brazos cogiéndola por el trasero y la llevó a la habitación.

Hicieron el amor casi con desesperación, con la urgente necesidad que provocan las situaciones

prohibidas. Gen sabía que se estaba comportando como un chiquillo sin control y que si se llegaba a

saber eso podía costarle la placa, pero en ese momento nada de eso le importaba, tan solo ella, tenerla, amarla, poseerla.

Eugene bajó la cremallera del vestido y se quedó sin aliento al darse cuenta de que la chica no se

había puesto sujetador. Sus pequeños pechos eran simplemente perfectos y esas aureolas rosas enía

que tenerlas en la boca, lo necesitaba. Cogió su pequeña cabeza entre sus grandes manos y la besó con

fuerza. Metió la lengua en esa rosada boca, reclamando todo el espacio, haciéndola gemir y luchar por

respirar. Ella no se amilanó, correspondió con la misma fuerza, tirando de él hasta llegar a la cama.

Gen desenganchó el vestido de su cintura y lo dejó caer al suelo. Se retiró lo suficiente para admirarla.

—Eres preciosa y eres mía —susurró mirándola con las pupilas dilatadas y la respiración entrecorta.

—Yo no soy de nadie —correspondió ella mordiéndole en el pecho, mientras se frotaba contra su erección.

—Y yo no soy uno de esos chiquillos con los que has estado jugando hasta ahora —le agarró las muñecas, poniendo los brazos detrás de la espalda. Su mirada se tornó oscura y profunda antes de continuar.

—¿Estás dispuesta a arriesgarte con un hombre de verdad? Porque si no es el momento de la retirada.

—O me sueltas o te voy a dar tal patada que —Gen la calló con su propia boca, le lamió los labios y terminó con un bocado que hizo gemir de placer a Gin. Notó cómo se humedecía y no pudo evitar retorcerse contra él.

—Si sigues retorciéndote así me voy a correr en los pantalones.

—Creía que estaba con un hombre de verdad —se rió ella frotándose más exageradamente.

—Ya basta —la tiró en la cama y subió los brazos hasta el cabecero, se puso a horcajadas sobre ella

y con un rápido movimiento sacó sus esposas del cinturón y las enganchó en las muñecas de la joven, sujetándola a los barrotes de la cama.

—Está claro que le has cogido el gusto a atarme, ¿eh? —protestó ella.

—Estás siendo una mala chica, te lo mereces —le dijo mientras bajaba su boca hacia los pechos de

la chica y se metía uno en la boca. Chupó y succionó y por un momento consiguió que se estuviera

calladita, solo se oían suspiros. Siguió lamiendo por el perfecto estómago de Gin y bajó aún más.

—Eres un perverso, señor Eugene.

—No sabes cuánto, pequeña. Pero ya es tarde para echarte atrás, ahora me tienes y tienes que

quedarte conmigo —susurró contra el ombligo de la joven.

—No, jefe, aún no te tengo. No paras de amenazar, pero estoy vacía —se quejó mientras enredaba

las piernas alrededor de él. Eugene pudo comprobar la fuerza de las mismas, y casi no aguantó la

embestida de placer que le recorrió la espalda. Se colocó encima de ella.

—La próxima vez te ataré también las piernas —la amenazó.

—Promesas, promesas...

—¡Joder! —no podía más, la penetró con fuerza y ella se agarró a él, lo apretó y absorbió en su

interior, con ahogados jadeos. Él la tenía cogida del pelo y la besaba salvajemente mientras la

penetraba una y otra vez. Bajó una de sus manos, quería notar el tacto aterciopelado de su sexo, la

humedad, el pulso que se disparaba entre sus piernas. Metió uno de sus dedos en la boca de la chica y

ella lo chupó con gula, después lo puso directamente en el clítoris y la acarició a la vez que la

penetraba.

Acarició su cuerpo como si se le fuera a acabar, lo besó, se lo aprendió de memoria mientras ella se

pegaba a él.

Pronto sus cuerpos iniciaron un movimiento hipnótico que les guió hasta la cumbre del placer.

Eugene salió de ella perezosamente dándole un ligero beso en la frente. Ella le sonrió dando a

entender que se había salido con la suya, pero no dijo nada. Cerró los ojos y su acompasada y rítmica

respiración le dio a entender al hombre que la chica se había dormido.

Él le acarició el rostro y se levantó despacio, había sido impresionante, incluso se encontraba algo

mareado. Se colocó el boxer y el pantalón, se puso también la camisa, pero ni siquiera la abrochó,

tenía que salir de allí, se sentía fatigado. Si se quedaba en la habitación se dormiría con ella. Decidió

hacerse un café.

Entró pesadamente en el salón, empezaba a notar que le costaba respirar, el calor lo estaba

matando, en apenas unos segundos notó cómo la camisa se empapaba en sudor, la vista. ¡Dios! Se le

estaba nublando la vista.

—Gin, Gin —de repente el puzzle encajó, esas piezas que no conseguía unir en su cabeza se

colocaron mágicamente. Lo último que Richard había tomado según la autopsia era leche, las

puñaladas eran demasiadas, como en un crimen pasional, y poco profundas probablemente debido a la

falta de fuerza. Mae. No podía ser, todo este tiempo había estado ahí ante sus ojos.

Le costaba moverse, arrastró los pies con dificultad hasta el sofá y allí la vio, le estaba esperando.

—Siéntate Eugene, las drogas aún tardarán un poco en hacer su trabajo —le dijo.

Gen intentó coger su arma, pero se la había dejado en la habitación, ¡maldita loca! ¿Qué tendría

pensado hacerle a su chica? Él se merecía lo que le pasase por idiota. Había hecho todo mal desde el

principio, pero ella, ella solo pasaba por allí y él mismo la había metido en eso.

—Ginger —susurró dejándose caer en el sofá al lado de la anciana.

—Es enternecedor que te preocupes por ella. Puedes estar tranquilo, ella solo está dormida. Esta noche nos iremos tú y yo como corresponde.

—¿Por qué? —le preguntó con el pequeño hilo de voz que le quedaba, las náuseas se apoderaban ya de su cuerpo.

—Porque eres como él y no voy a permitir que le hagas daño — la anciana se levantó del sofá y se

dirigió a la habitación de Ginger a buscar la pistola, tenía que rematar la faena, le quedaba poco

tiempo para dormirse ella también y no podía arriesgarse a que él saliera de esta.

Ginger oyó ruidos en el exterior y sonrió al recordar lo que había pasado la noche antes. Abrió los

ojos, no sabía cuánto tiempo había pasado, estaba todo oscuro. Extendió la mano y comprobó que el

huevo antes ocupado por su amante ahora estaba vacío.

Será cabezón, pensó. Pues si él no dormía con ella en la habitación sería ella la que fuese al sofá con él.

Encendió la luz de la lamparilla y no pudo evitar un grito al distinguir un bulto moviéndose por la

habitación, enfocó mejor y vio que se trataba de la anciana.

—Mae, ¿qué haces aquí? —preguntó confundida y lo estuvo más aún al distinguir la pistola de Gen en sus manos.

—Esto no tenía que pasar —contestó la mujer.

—¿El qué no tenía que pasar? —preguntó Ginger levantándose y poniéndose encima lo primero que

encontró, que fue la camiseta de Eugene que había llevado el día anterior—. ¿Por qué tienes la pistola en las manos? ¿Dónde está Gen?

—Cariño, él no era bueno. No te convenía. Solo iba a hacerte daño.

—¿De qué demonios hablas? ¿Y por qué lo haces en pasado?
—preguntó pasando por delante de ella hacia el salón.

Al llegar gritó horrorizada ante la escena.

Gen estaba blanco como el mármol, empapado en sudor y completamente desmadejado sobre el sofá. Se acercó corriendo y lo tocó. Estaba helado.

—¿Qué has hecho? ¿Te has vuelto loca? —Le gritó a la anciana
—. Tengo que llamar a una ambulancia, aún respira.

La anciana la apuntó con el arma.

—No lo harás. Él tiene que morir —sentenció.

—¿Por qué, por qué? —grito Gin desesperada.

—Es malo para ti. Cuando se ama con toda el alma, como tú, te destrozan. Créeme, sé de lo que hablo.

—Estás loca —contestó la joven acercándose a la anciana.

—Eso decía Richard, pero se equivocaba y tú también te equivocas —Ginger vio cómo la mujer desviaba la pistola hacia el sofá, hacia el cuerpo inerte de Eugene y se lanzó encima de ella. Tras unos segundos de forcejeo, resonó un primer disparo, seguido de un segundo.

Despacio, muy despacio, se incorporó. La miró, yacía muerta. Un hilo de sangre se escapaba de su

boca y una mancha más grande se abría paso en el pecho creando un charco en el suelo. Se sentía

entumecida, hipnotizada por ese dibujo de sangre. Tardó unos segundos en reaccionar. Dos disparos,

habían sido dos disparos. Corrió hacia el sofá. ¡No, Dios, no!
¡Por favor!

Ginger dejó caer la pistola al suelo y en un momento se hizo con el móvil que Gen guardaba en la chaqueta. Marcó el número de urgencias.

—Rápido —suplicó cuando habló el servicio de emergencias—. Le he disparado y algo más pero no sé, no puedo saber yo no Jack Paint, de la comisaría 42 del Bronx, el detective Jack, necesito rápido por favor —imploró.

—¡Señora, no cuelgue! —le ordenó la voz al otro lado de la línea. No colgó, pero dejó caer el teléfono al suelo. Miró alrededor y vio un trapo de cocina, lo presionó contra la sien de Eugene, el lugar por el que estaba perdiendo sangre.

—No te vayas, por favor, quédate conmigo. No puedo perderte, te quiero, por favor por favor —era consciente de que estaba balbuceando, pero no le importaba. Los segundos le parecían horas. No podía dejar de mirar su cara pálida y los labios, cada vez más azules. Se estaba muriendo, ella lo había matado. Además, tenía que encontrar lo que la anciana había usado para dormirlo, o lo que fuera que le hubiera hecho.

Quería quedarse al lado de él y sostenerlo, pero sabía que tenía que ir a la habitación de la anciana para buscar odavía no sabía qué, pero tenía que intentarlo.

En la mesilla vio dos tarros de pastillas, uno vacío por completo, otro a medias y una nota.

En ella Mae explicaba cómo había matado a su marido, explicaba el porqué, y le decía a ella que le iba a hacer el regalo más hermoso al librarla de un amor tan grande como el que estaba viendo en

ellos. Sintió pena por ella. En uno de los tarros ponía Loracepan, en otro, Betabloqueante. Corrió al

lado de Eugene con los tarros en la mano y de nuevo presionó la herida.

La puerta se abrió y Jack, se abalanzó sobre ellos.

—¿Qué ha pasado? Maldición, ¿está? —no terminó de formular la pregunta, no se atrevía a la más

que posible respuesta. Su pecho no se estaba elevando y eso era muy mala señal. Acercó dos

temblorosos dedos al pulso del cuello. Gracias a Dios.

—¿Tiene? —preguntó Gin, con ansiedad.

—Sí, es muy flojo, pero está. ¿Cómo demonios han podido entrar? —preguntó desesperado

acercándose a la puerta.

—Ella.

—¿Qué?

—Fue ella. Mae.

Jack, se volvió alarmado.

—¿La anciana? Pero —Se oyeron sirenas.

Todo lo que pasó después fue como una nebulosa para Ginger. Enfermeros, policías, ruido,

preguntas y más preguntas que no entendía. Oyó palabras extrañas como dopamina, glucagón, palas,

fuera

Y lo mejor que ella podía haber oído en su vida: «Lo hemos recuperado».

Ginger lloraba sin reparos cuando Eugene abrió por fin los ojos.

—Estás bien —susurró él—. Lo siento, siento haberte metido en esto.

—Shhhh, ha sido el destino. Tenía que conocerte. Y ahora calla y descansa.

Él cerró los ojos.

—Señorita, tenemos que irnos —dijo un enfermero levantando la camilla.

—Vamos —contestó ella—. Yo voy con él.

—Señorita, me temo que

—Voy a ir diga usted lo que diga —replicó.

—Déjala —contestó el otro paramédico.

Un policía de uniforme trató de detenerla y ella se soltó con un empujón certero. El policía se

disponía a sostenerla, pero Jack intervino.

—Yo la llevaré a comisaría más tarde.

Capítulo 8

LA resaca

Todo había sido una locura. En apenas unos días su vida había cambiado por completo. Había

tenido mucho tiempo de pensar, ahí tirado en la cama de ese hospital. La habitación a la que le habían

llevado esa mañana estaba llena de globos de colores. Había pasado siete días en cuidados intensivos.

Por fin estaba consciente. Seguramente en unos días le darían el alta. Sin secuelas aparentes. Sabía que

llegaría la reprimenda de su capitán, incluso la de Jack. Pero lo que más temía era enfrentarse a

Ginger.

Después de todo ella era muy joven y estaba envuelta en una situación extrema. Era más que

posible que fuese eso lo que la condujo hasta él. Era vulnerable y estaba perdida cuando la conoció.

Para ella él debió ser algo así como el billete de salida de la cárcel del Monopoly. Y él, capullo

insensible se lo había cobrado. Y lo peor es que se había enamorado hasta lo más profundo de su ser.

Y ahora era un puñado de inseguridades. Su tío se reiría de él. Sin duda. A su edad, una chiquilla le

había robado el corazón y lo había convertido en un llorica.

Continuaba con la mirada clavada en el techo. Una única imagen iba y venía una y otra vez de su maltrecha cabeza. Ginger, con la cara anegada en lágrimas mientras le sostenía la mano en la ambulancia. Él se dejó llevar y cayó en un estupor en el que no estaba seguro si lo que oía era realidad o parte de un sueño.

En él, ella le decía que no se fuera, que lo quería. Que estaría con él, ahora y siempre. Era imposible, lo sabía, porque apenas la conocía. Las drogas que le dio Mae, o las que le dieron los paramédicos hicieron que él tuviera esas visiones.

¿Podía alguien enamorarse en un puñado de horas? Horas al vez fueron minutos Para ser sincero, probablemente segundos. Recordó el beso, el primero. Cuando estaban en la escalera. Dios, le había gustado tanto

¡Ya basta! Estaba tan enfermo que no podía mover las pestañas sin sentir que le costaba la propia vida, pero era capaz de empalmarse pensando en ese beso, en las luchas que mantuvieron posteriormente, en la pasión que ponía Ginger en todo lo que hacía o decía. Era tan joven.

Simplemente no podía pasar. Ella querría salir con amigas, ser famosa, se enamoraría de estrellas de rock con acné y cosas por el estilo. No de él. Seguramente para ella, él había supuesto una aventura con un tipo mayor con placa. Algo de lo que hablar, algo para contar en una reunión de chicas. «Eh, sí, yo me lié con un poli. Sí, un tío mayor».

Hacía una semana que estaba allí y aún no la había visto. Siete jodidos días y ella no había aparecido por allí. Seguramente, una vez pasado el shock querría olvidarse de todo cuanto antes. Y

hacía bien. No podía culparla. En realidad era lo mejor. Y también para él. En esta profesión de mierda que había escogido, las relaciones personales solo te debilitaban. Y ya iban dos tacos seguidos, él no solía usarlos, lo que podía ayudarlo a descubrir lo mal que estaba realmente.

Para él había terminado la tregua y lo sabía. Ahora tocaban los interrogatorios, informes,

amonestaciones, probablemente una sanción. Se llevó la mano de forma pesada a la cabeza y se la pasó

por ella. Le pinchaba, le habían rapado para la intervención, claro. Sus dedos llegaron hasta la venda.

¡Oh, sí! Le habían disparado en la cabeza y había sobrevivido, después de todo era un hombre con

suerte. Él no recordaba nada de lo que había pasado después de que Mae le confesara que era ella la

asesina. Se había sentido pesado, cansado, lento y ya no podía recordar nada más hasta que despertó en

ese habitáculo de cuidados intensivos. Antes de eso, todo se veía como una nebulosa. Notaba la boca

pastosa y aunque las enfermeras pasaban a asearlo todas las mañanas, el olor a jabón antiséptico no

era lo que quería. Deseaba con todas sus fuerzas una ducha. Miró a la puerta del baño y se juró a sí

mismo que lo conseguiría, llegaría hasta allí o se dejaría la vida en ello.

Tenía la aguja clavada en el brazo, pero ningún cable que le conectase a ninguna botella de suero o

lo que fuera que había llevado en días pasados. De golpe retiró las sábanas, estaba completamente

desnudo debajo de ese horrible camisón de hospital. Patético, se dijo a sí mismo. Solo le faltaban los

pañales de abuelo.

Se incorporó y consiguió, aunque no al primer intento, sentarse en la cama. La cabeza le daba

vueltas y una arcada asomó a su garganta. Por un momento pensó en volver a tenderse en la cama o en

llamar a una enfermera que le ayudase, pero sacudió su maltrecha cabeza y aguantó en esa posición.

Sintió alivio al apoyar los pies descalzos en el suelo y sentir el frío del mármol blanco contra su piel.

Uno, dos y tres se alzó sobre sus piernas, pero no le sostuvieron. Cayó de bruces y apenas le dio

tiempo a apoyar las manos en el suelo. Una oleada de rabia se apoderó de su cuerpo. Respiró hondo un

par de veces. La triste imagen le vino a la mente.

Él, con su enorme corpachón y un camisón talla mini, en el suelo a cuatro patas enseñando el culo.

Una risa estridente apretó su garganta para salir y no hizo nada por evitarlo.

Oyó abrirse la puerta y su corazón se aceleró. Que no sea ella, por favor, que no sea ella.

—Pero, ¿qué demonios crees que estás haciendo? —la ronca voz de Jack le hizo suspirar aliviado.

Giró la cabeza y le miró con una media sonrisa.

—Intentaba levantarme, pero por lo visto se me ha olvidado andar.

—¿Sabes quién soy? —preguntó su compañero.

—¿Y por qué no iba a saberlo? —Jack se acercó hasta él y se puso en cuclillas a su lado.

—La última vez que vine me confesaste amor eterno, supuse que no me estabas hablando a mí.

—He estado sedado. Por lo que dice la enfermera lo que te ponen haría que amásemos incluso a las

ratas. ¿Disfrutas mirándome el culo? —su amigo soltó una risotada y pasándole el brazo por la cintura

lo ayudó a incorporarse. Intentó echarlo de nuevo a la cama pero Gen, se negó.—No, quiero una ducha.

—Llamaré a la enfermera.

—No, llévame al baño y lo haré yo solo.

—Pero si no eres capaz de mantenerte en pie.

—He dicho que lo haré.

—Volverás a caminar a cuatro patas, colega.

—Solo ayúdame a llegar.

—No pienso enjabonarte —bromeó su amigo. Le pareció que tardaban una eternidad en llegar,

volvieron las náuseas, se sentía mareado y cansado. Un punzante dolor de cabeza amenazaba con

hacerla explotar. Pero mataría por sentir el agua corriendo por su piel.

—Tío, no estoy seguro de que puedas mojar te la venda de la cabeza.

—Te llamaré si te necesito.

A duras penas consiguió retirar la cortina de vinilo, que le pareció la más pesada del mundo, y

entrar en la ducha. Rápidamente se apoyó en la pared con las dos manos, abrió el grifo del agua

caliente y dejó que corriera libre por su cuerpo, hasta casi quemarlo. Sintió cómo se relajaban todos y

cada uno de sus músculos con el golpeteo de las gotas. Se quitó el vendaje y se puso jabón por el pelo

y el cuerpo. Qué bien le hizo sentir.

La puerta del baño se abrió de repente y una pequeña mano enguantada cerró el grifo.

—¿Qué cree usted que está haciendo? ¿Acaso es idiota? — Eugene tuvo que parpadear unas cuantas

veces antes de reaccionar. Una enfermera morena, con unos divertidos rizos que cubrían su frente,

pequeña y redondita, había abierto la cortina de par en par y le gritaba airadamente. Allí estaba él,

completamente desnudo delante de una desconocida que le insultaba sin la menor consideración. Vio

có

mo la pequeña mano le anudaba una toalla alrededor de las caderas, y no se atrevió siquiera a abrir

la boca. Miró por encima del bomboncito y vio a su amigo que apenas podía aguantar la risa mientras

le hacía gestos imitando a la chica.

—¡Y usted! —continuó la energúmena esta vez dirigiendo sus iras a Jack, cosa de la que él se

alegró mucho.

—¿Yo? —murmuró el aludido.

—Sí, usted. Deje de reírle la gracia a su amigo y ayúdeme a devolverlo a la cama. No imaginan las

consecuencias que podría haber tenido esta aventurilla suya.

—Señora —intentó quejarse Jack.

—Señorita —lo corrigió la morena. Él deslizó su mirada hasta la placa que identificaba a la

enfermera, que ya había envuelto la cintura de Eugene con su brazo, para ayudarlo a salir.

—Señorita Betty Boop —intentó burlarse mientras sujetaba a su amigo, cogiéndole igual que ella,

pero desde el otro lado.

—¿Es usted consciente de las muchas maneras de matar que conozco? —preguntó Betty abriendo la

puerta. A él le hizo gracia el comentario, pero no sonrió, se puso muy serio y no habló hasta que

dejaron a Gen en la cama. Observó cómo ella lo arrojaba como si fuera un niño enorme. Pensó que le

encantaría que le hiciera eso a él. Eso era una muy mala idea.

—¿Y usted es consciente de que acaba de amenazar a un policía? —le contestó cerniéndose sobre

ella. Así como estaban a menos de un metro de distancia, la diferencia de altura entre ambos era algo más que llamativa. Si la chica respiraba un poco más fuerte de lo normal, era más que posible que le rozase con sus pechos. Grandes y redondos pechos. Le gustaría tanto descubrirlos fuera de ese horrible pijama con ositos.

Ella no se amilanó, dio un paso hacia él, y ahora sí, sintió el ansiado roce.

—Puede que usted sea policía, pero aquí la única autoridad es la mía. Y si cuando vuelva dentro de un momento a curar el destrozo que han causado, su amigo no está exactamente donde lo he dejado — dijo apuntándole con el dedo—, ustedes dos se van a meter en serios problemas.

Y dicho esto se subió sus pequeñas gafitas rosas con forma de mariposa y salió de la habitación dando un más que sonoro portazo que hizo que Jack diera un pasito atrás y a Eugene casi se le saltaran los puntos que lucía en su rapada cabeza.

—¡Joder, qué carácter! No sé por qué se ha enfadado. Mira que llamarse Betty si parece una réplica en carne y hueso de Betty Boop.

—Si pudiéramos verla en blanco y negro.

—¿Qué? —evidentemente su amigo seguía pensando en el movimiento de las redondas caderas de la joven al salir.

—Jack, siéntate. Lo último que necesito es ver la tienda de campaña que te ha dejado.

—Yo no... oh.

—Eso.

—Tío, tiene muy mala leche, pero está muy buena, ¿no crees?

—No lo sé, yo solo he visto un dragón echando fuego y se me ha quedado del tamaño de un

guisante —bromeó Gen, su amigo seguía con la vista fija en la puerta. Pasaron unos minutos en

silencio hasta que la puerta se volvió a abrir.

A Jack se le aceleró el corazón con anticipación. Pero no era su chica la que entraba. Era el capitán

acompañado por dos tipos trajeados, con cara de asuntos internos.

—Eugene, Jack —saludó el capitán.

—Hablando de cosas para amar bajo sedación. Capitán —
correspondió Jack. Gen se limitó a mover

la cabeza.

—Estos señores quieren hablar contigo, detective. En realidad con los dos.

Capítulo 9

EL tiempo se pierde

—Ginger, cariño, ¿no puedes estarte quieta un momentito? —se quejaba su madre mientras le ponía las alfileres al vestido que Gin tenía que lucir en la obra amateur que iban a representar en apenas unos días.

La habían llamado como sustituta, la primera actriz se había puesto enferma y no iba a poder estrenar. Duraría poco, pero lo aprovecharía. Agradecía la oportunidad, pero sobre todo el hecho de que estudiar y ensayar una y otra vez el texto la ayudaba a no pensar en todo lo que había pasado en

Navidad. A no pensar en él. Quería tanto verlo, lo necesitaba con toda su alma. Pero no podía. Tanto

Jack, como el capitán Malory, le habían dicho que se mantuviese alejada por el bien de él. Iban a

investigarlo y si llegaba a saberse su relación, lo sancionarían y no serían suaves con él. Y si ella

seguía viéndolo, Eugene no iba a disimular, lo conocían mejor que ella y le aseguraron que aceptaría

cualquier castigo, pero no renunciaría a ella. No, si le gustaba de verdad. Gen tenía la costumbre de

decir siempre la verdad, le costase lo que le costase.

A su mente venían constantemente las imágenes de Gen conectado a esos tubos, luchando por su vida, seguían doliendo como el demonio. Y la distancia era casi insuperable para ella. Quizá con el tiempo podría verlo de nuevo. Quizá volvieran a sentir la mutua atracción que sintieron aquella vez, la primera vez.

—Mamá, me siento triste —confesó.

—¿Triste? Pero si es la oportunidad que estabas esperando. Alguien te verá, se enamorará de ti, un cazatalentos de esos y serás una estrella. Pronto, muy pronto.

—Tal vez, pero él no volveré a verlo, lo presiento.

Su madre se incorporó y tomo su cara entre las manos.

—Cariño, es cuestión de tiempo. Sea el que sea el final para vosotros, se resolverá con el tiempo. Si

en unos meses seguís queriendo conoceros mejor, volveréis a intentarlo sin nada que se interponga. Si

se ha tratado de un capricho pasajero

—No, no ha sido eso.

—Cielo, las circunstancias los dos encerrados, el miedo, la tensión. Los sentimientos se ponen a flor de piel y es fácil confundirse.

—No me equivoco en esto, mami. Le quiero.

Su madre le dedicó una sonrisa y la abrazó muy fuerte. Era reconfortante tener a alguien que te

quisiera sin restricciones, sin juzgarte. ¿Tenía él a alguien? En una ocasión nombró a su tío.

Capítulo 10

Y la vida sigue

—No entiendo por qué te han sancionado. Al final todo salió bien —se quejó su tío, mientras tiraba un as de bastos sobre la mesa.

—Metí la pata. Y aunque al final terminó bien, pudo salir muy mal. Si no me hubiera encoñado, habría estado más atento a las señales. Me llevo esta ronda.

Jugaban a la brisca, un juego que el tío Marcell había aprendido en uno de sus muchos viajes, en

este caso en España, que era uno de sus destinos favoritos. Su tío, que había sido marino en su

juventud, guardaba esa baraja como el tesoro máspreciado. Según él, hacía mucho tiempo, una gitana

le había leído el futuro con ella y él seguía esperando que se cumplieran sus predicciones. Estaba

convencido de que el amor de su vida, Juana, a la que perdió siendo muy joven, volvería reencarnada

en otro cuerpo para terminar sus días con él. Afortunadamente en Nueva York no había demasiadas

Juanas, pero todas y cada una de las que Marcell había conocido eran la suya, por lo menos por un tiempo.

—Hijo, no te tortures más por ello. Cuando te llega el amor de verdad uno tiene que hacerle frente,
a él y a sus consecuencias. Copón.

—Tío, manda oros, esos once ya son míos.

—¿Oros? ¡Me cago en el Alzheimer este de los cojones! —se quejó dando un puñetazo en la mesa.

—No intentes darme pena —le contestó Gen recogiendo la mano.

—¿Otra vez haciendo trampas, Marcell? —preguntó una de las enfermeras acercándose a la mesa.

—Intento chantajear al hombre de hielo, pero ya ves, ni siquiera se conmociona un poco —se quejó

enseñándole un dedo a la chica. Ella lo cogió y pinchó hasta ver una pequeña gota de sangre.

—Esta glucosa está un poquito alta. ¿Hemos traído bombones a escondidas? —preguntó mirando acusadoramente a Gen.

—Usted no sé, yo, desde luego —confesó colocándose la mano en el pecho.

—Veo que ha heredado usted ese buen humor de su tío —aunque sonrió, Gen pudo sentir cómo le chirriaban los dientes.

—Lo siento —se disculpó.

—Voy a tener que pincharle, Marcell. Dé las gracias a su encantador sobrino —Gen se puso

colorado ante la acusación no tan velada de la enfermera. Parece que últimamente lo hacía todo mal.

Iba a tener que replantearse su vida. Joderse a sí mismo era una cosa, pero hacerle daño a su tío

—No le hagas caso, hijo. Es una sádica. Aprovecha cualquier oportunidad para clavar sus instrumentos en mí.

—Por supuesto. Acompáñeme, por favor —pidió la enfermera.

—¿Estarás cuando vuelva? —le preguntó.

—Eh no, creo que me voy a marchar ya —le dio un beso y un abrazo antes de recoger su chaqueta para marcharse. De camino a la puerta sintió un azote en el trasero.

—Hola guapo, ¿eres nuevo? —le preguntó una mujer con el pelo pintado de azul.

—No, señora Roberts, soy el dueño de su culo favorito —contestó él con una sonrisa. La anciana soltó una desdentada carcajada.

—Joven, eres muy malo, pero me gustas. ¿Me invitas a cenar?

—Por supuesto —contestó él, besando su arrugada mano.

Justo cuando iba a traspasar la puerta de entrada, alguien le llamó.

—¡Gen! Espera.

Él se dio la vuelta y reconoció a la coordinadora del centro. Una mujer de su edad, rubia, con

curvas, bastante atractiva. Su tipo de mujer. La verdad es que siempre le había gustado. Era de trato

fácil y agradable, entregada a su trabajo y especialmente a su tío, que estaba perdidamente enamorado

de ella. Afortunadamente no se llamaba Juana. Se encontró preguntándose por qué no había salido ya

con ella. El interés que la chica le mostraba era más que notable. Tal vez era el momento.

Gin, su nombre le vino de nuevo a la cabeza. Eso duró tan poco como el encierro. Había sido bueno,

muy bueno. Él pensó que estaba enamorado, pero era evidente que ella no. A pesar de que ya había

pasado más de un mes seguía doliendo. Justo hoy, día de los enamorados, aún dolía más. Quién le iba a decir que era un jodido romántico.

—Linda, ¿cómo estás? —le preguntó con educación.

—Bien, estoy bien. Pero me gustaría hablar contigo. No he tenido ocasión de decirte lo mucho que

siento lo que te pasó, yo

—No te preocupes, estoy bien —contestó él.

—Si alguna vez necesitas hablar de ello, solo tienes que llamarme y podemos comer o algo. Ya

sabes, como amiga, no como psicóloga, ¿eh?

—Eh, sí, claro. Lo tendré en cuenta —se despidió con un gesto con la cabeza, pero algo llamó su

atención, una revista encima del mostrador. Su corazón se saltó un latido, decir que le dio un vuelco

era quedarse muy corto. Agarró la revista con la mano y leyó la portada en voz alta sin darse apenas

cuenta de lo que hacía.

—La nueva cara de la fama. Del anonimato al estrellato en unos días —el murmullo se pareció más

a una amarga queja. Sintió que Linda ponía su mano sobre la de él, intentado aliviar la tensión con la

que sujetaba la revista.

—¿La conoces? —le preguntó.

—No yo solo me recuerda a alguien que conocí, supongo. Tengo que irme —le entregó la revista.

Antes de abrir la puerta se volvió.

—¿Linda?

—¿Sí?

—¿Tienes planes para esta noche?

¿Cómo demonios había estado tan ciego? De acuerdo, entre la rehabilitación, los interrogatorios, el

papeleo y las visitas a su tío, no había tenido mucho tiempo libre. Y el poco que tenía lo pasaba

encerrado en su apartamento lamentándose o con Jack y una botella.

Capítulo 11

UNA vida nueva

Se sentó en el taburete enfrente del espejo. Tras retocarse el maquillaje, miró de nuevo el teléfono

móvil. Tenía algunas llamadas perdidas, pero ninguna de interés. Habían pasado cuatro meses desde

su aventura y seguía sin saber nada del detective. No se habían intercambiado los teléfonos, pero

estaba segura de que a él no le habría costado averiguarlo si hubiera querido. Después de todo ella era

ahora una celebridad, ¿no?

Su vida había cambiado tanto que a veces se sentía mareada, como en una vorágine de actividad.

No podía parar, pero no estaba disfrutando. Todo esto de la fama no iba con ella, después de todo.

Suponía dinero, y eso estaba bien. También trabajo asegurado. Se había colado en la serie de moda

de EEUU que se representaba en directo en un teatro de Broadway, y a la semana siguiente la emitían en directo en la CBS.

El anonimato como actriz profesional le duró la primera noche de la sustitución más corta de la

historia. Entre el segundo acto y el tercero se había acercado a ella Robert Bloom, uno de los

cazatalentos más conocidos de Nueva York, y le había ofrecido la oportunidad de su vida. Ella había

aceptado y, dos meses después, su vida era de dominio público, portada de las revistas de más glamour

y de las que no lo tenían en absoluto, también.

Hacía apenas sesenta días estaba compartiendo la experiencia más excitante de su vida con él. Y

ahora, ¿por qué no podía disfrutar del éxito? Llevaba media vida soñando con él. Era eso lo que

siempre había deseado, ¿o no?

Robert entró sin llamar, como era su costumbre.

—Cariño, ¿has visto lo impresionante que estás en la portada del Vogue? —le preguntó

acercándose a ella con la revista en la mano.

—Pasa, Rob. No te preocupes, estoy vestida —ironizó.

—No tienes nada que no haya visto.

—Y esa debe ser la frase más trillada de la historia.

—¿Y qué me dices de la portada? —insistió mostrándosela.

—Está bien.

—¿Está bien? ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—¿Es estupenda?

—Jovencita, eres una desagradecida.

—Sí, pero no me gusta alardear —contestó riéndose de él.

—Alguien debería lavarte la boca con jabón —a Ginger, se le borró la sonrisa de la cara. Eso es

justo lo que él le habría dicho, ¡mierda! ¿Por qué demonios no podía olvidarlo de una puta vez?

—¿Qué he dicho para que pongas esa cara? —se sorprendió Robert.

—Nada, no te preocupes, son cosas mías.

—¿Sabes? Creo que uno de los motivos de tu éxito o de tus encantos, por así decirlo, es esa mirada

melancólica que se te pone de vez en cuando, te da algo así como un aura de misterio. Hace que te

preguntas si escondes algún secreto.

—No voy a desvelarlo y estropear tu inversión, tranquilo.

—Por supuesto. Yo nunca pierdo, recuérdalo si alguna vez se te pasa por la cabeza dejarme —Gin

pensó que se estaba volviendo paranoica, ya que le sonó a amenaza. Él se puso detrás de ella, dejó la

revista en el tocador y le acarició el pelo despacio. Gin lo miró a la cara, era un hombre atractivo,

delgado y fibroso, de estatura media y unos cincuenta años, mirada castaña y prematuro pelo blanco.

Siempre con sus impecables trajes a medida, siempre perfectamente afeitado y perfumado. Sus

amantes habían sido innumerables, según contaba la leyenda, de todos los sexos y edades, pero jamás

había intentado nada con ella. No era un depredador al uso, no le hacía falta. Hombres y mujeres caían

rendidos a sus pies.

—No te pongas tierno conmigo, Rob. Recuerda que puedo zurrarte, probablemente sea más fuerte

que tú —le dijo señalándolo con el cepillo. Consiguió aligerar la tensión, a tenor de la risotada con la

que él respondió al comentario. Pero cierta intranquilidad quedó instalada en alguna parte de su

cerebro.

—Por cierto, recuerda que a los premios del martes llevaremos seguridad privada.

—Pero es absurdo, yo...

—Cariño, las aseguradoras de las maravillosas joyas que luces no lo creen así, y los montones de

cartas de los admiradores menos recomendables les dan la razón. Tranquila, los escojo yo en persona.

Te respetarán, y no te enterarás de que están a tu alrededor.

Rob se fue dejando tras de sí más inseguridad e infelicidad de la que podía imaginar.

Capítulo 12

LA herradura

—Con todos mis respetos, ha perdido usted la jodida cabeza, capitán —Gen se incorporó de un

salto de la pequeña vieja silla y apoyó las manos cerradas en puños sobre el escritorio de la pequeña oficina de su jefe.

—Cálmate, ¿quieres? Creía que tú no usabas el burdo y sucio lenguaje de los tacos.

—A la mierda con eso. Toda mi vida intentando ser un buen tío y de qué me ha servido, ¿eh?

Quiero que alguien me dé una respuesta. He arriesgado mi vida por el cuerpo, por la ciudad, ni

siquiera recuerdo cuántas veces, siempre cumpliendo las normas, siempre siendo coherente, recto,

intachable. Y lo tiro todo por la borda por una chiquilla que ni siquiera sabe que existo, mientras una

anciana casi me mata. ¡Por el amor de Dios! Si me tuvo que salvar la cría

—Yo ayudé en algo —trató de intervenir Jack, desde la oscuridad en la esquina en que estaba

apoyado. Eugene no apartó la vista del capitán.

—Llevo cuatro meses pagando mi error, mi único error en los años que llevo en esta ruina de

comisaría, y ahora quiere usted que me humille haciendo de niñera de un puñado de ricachones.

—Lo que pasa es que no te atreves a verla —lo interrumpió el capitán—. Y la verdad es que a mí

me importan muy poco tus problemas de amor. Van a poner seguridad privada queramos o no, y ya

puestos prefiero que sea gente de mi confianza. Te quedan dos meses de sanción, no creo que tengas la

cuenta muy boyante, ¿de verdad te puedes permitir dejar de ganar en una noche el sueldo de un mes

como poli?

Eugene no tuvo más remedio que enfrentarse a la verdad. Su situación financiera rozaba la quiebra.

No pagaba alquiler, ya que el piso en el que vivía era propiedad de su tío y no gastaba mucho. Le

quedaban ahorros, pero aun así dio la espalda a ambos dirigiéndose al enorme ventanal que daba a la

calle.

Se llevó las manos a la cara y se la frotó con fuerza. Sus dedos recorrieron la cicatriz que partía en

dos su ceja y seguía por la sien, hasta el nacimiento del cabello. Sintió una descarga de adrenalina.

Anhelos y excitación se entremezclaron por la anticipación. Se miró las manos, le temblaban, las metió

en los bolsillos.

—No, no puedo —dijo casi para sí mismo.

—¿No vas a aceptar el trabajo? —preguntó Jack.

—No puedo permitirme no aceptarlo.

—Estupendo, chico —contestó su jefe—. Ya me devolverás el favor, no te preocupes. Y ahora, si

me disculpáis, tengo trabajo.

—Dos Bud —pidió Jack al camarero. El hombre, de metro ochenta, calvo y con una perilla dividida

en un par de trenzas, puso sus tatuados brazos sobre la barra.

—Tu amigo tiene pinta de necesitar algo de más voltaje —Jack miró al taburete en el que se había

instalado Gen. Tenía la cabeza apoyada en la pared, los ojos cerrados y los puños tan apretados que hasta en la semioscuridad del bar se veían blancos.

—Bien visto. Añade un par de chupitos de tequila. El peor que tengas, a ver si le conseguimos un buen dolor de cabeza, Ace.

—Tú si eres un amigo. Pero yo que soy un alma más caritativa, le voy a poner un *Herradura* un tanto especial que tengo por aquí guardado.

Jack llevó las bebidas a la mesa y se sentó frente a su compañero.

—¿No es un poco pronto para eso? —preguntó Eugene señalando con la mirada el tequila.

—Ace cree que lo necesitas. Además nos ha invitado. Tú estás suspendido y yo de baja, creo que nos lo merecemos.

—Lo siento, tío, aún no te he preguntado cómo vas. Las noticias que me tenía preparadas el capitán me han dejado fuera de juego —se disculpó.

—Lo entiendo, si yo tuviera que hacerle de guardaespaldas a lo Kevin Costner a Betty, me pegaba un tiro.

—Sigue sin hacerte caso, ¿eh? —cogió el chupito y lo bebió de un trago seguido de la refrescante sensación de la cerveza en su garganta, le pareció el cielo. Le hizo un gesto a Ace para que pusiera otros dos.

—Es peor que eso, me odia y no sé por qué. Yo no le he hecho nada.

—No, claro. Tan solo te reíste de su aspecto, de su nombre y la intentaste intimidar con tu placa a los dos segundos de conocerla.

—Pero si era un halago, Betty Boop era encantadora, dulce y tierna. Si lo llego a saber ¿cómo se

llamaba la enfermera de *Alguien voló sobre el nido del cuco*?

—Enfermera Ratched, Mildred Ratched.

—¡Oh, sí! Mejor, mucho mejor, así es como debería llamarse para que los idiotas como yo no nos

confundamos con ese aspecto de preciosa inocente. —hizo un alto para empujar el segundo tequila

hacia su boca—. Se esconde el mismísimo diablo, como con la tal Midred.

—En eso te equivocas, la enfermera Ratched no tenía pinta de joven inocente y tu Betty la perdió

en cuanto abrió la boca. Te gusta porque eres idiota, como yo.

—No es mi Betty —Jack, levanto dos dedos pidiendo dos más de tequila. Ace se acercó a la mesa

con la botella y la dejó allí.

—Si os termináis esto, me deberéis cuatrocientos pavos.

A Eugene se le salió la cerveza por los orificios equivocados. Jack, comenzó a reír hasta casi caer

del taburete.

—Parece que ahora sí estoy condenado a aceptar el maldito trabajo.

El camarero asintió y dejó la botella.

—Tío, si no fuera por esta puta escayola iría contigo —Eugene se puso serio de repente.

—Jack, te vendría bien hablar de lo que pasó en ese almacén.

—No.

—Jack...

—He dicho que no —sirvió dos vasos más.

—Está bien. Pero cuando estés preparado, sabes que puedes contar conmigo, ¿verdad?

—Bebe y calla.

Jack empezaba a sentirse mareado. Genial, quizás así podría dormir esa noche. Desde que estuvo en

ese almacén todo habían sido pesadillas, sudor y lágrimas. Odiaba el momento de ir la cama. Solo.

Desde luego que había intentado olvidarse de todo metiéndose en algunas faldas, pero no había

funcionado. Ni siquiera conseguía excitarse. En el último mes lo habían acusado de ser homosexual,

perverso, misógino al final había optado por hacer creer a todo el mundo que estaba enamorado de

una chica que no podía tener. Era lo más fácil. Y lo peor es que parecía que se estaba convirtiendo en

realidad, y que la única que no creía su excusa era la propia Betty.

—Chicos —dijo Ace, acercándose de nuevo a la mesa—. Ha llegado el momento de que me hagáis

entrega de las llaves de vuestros vehículos—. Ellos no protestaron, eran conscientes de que era lo

mejor. Esa tarde la botella iba a caer entera. Pusieron sus llaveros sobre la mesa y el camarero los

recogió.

—Ace, tú que llevas mucho años por aquí, ¿por qué una panda de estrellas malcriadas iba a querer

celebrar unos premios en el Bronx? —preguntó Eugene.

—¿Se ha hundido Manhattan? —se burló el hombre.

Ace escuchó a ambos estallar en carcajadas en respuesta al comentario. Se dio media vuelta y

siguió recogiendo llaves y vasos. Aquel iba a ser un día largo para él.

—Quizá quieran poner de moda la zona —sugirió Jack.

—Bah, panda de tarados.

Capítulo 13

TENÍAS que ser tú

—Estás espectacular —se admiró su madre al ver la imagen de Ginger en el espejo.

—Quién nos lo iba a decir cuando apenas hace unos meses me jugaba el pellejo corriendo por las

calles del Bronx en la bici —fijó la mirada en el mismo punto en que la tenía su madre. Seguía

teniendo el pelo corto. Decían que era parte de su atractivo, esa forma de ocultar uno de sus ojos con

el flequillo, esa larga nuca siempre al descubierto. Había escogido un vestido de pedrería color marfil

del diseñador de moda en Nueva York, Anibal Laguna. Y por supuesto unos altísimos Manolos que la

hacían llegar al metro ochenta. Pocos hombres podrían encajarla en su abrazo cómodamente en este

momento. Solo se le ocurría un nombre. Eugene, el gigante malhumorado.

—Nunca te lo dije, pero pasé mucho miedo en aquella época. No te pongas triste, todo va a salir

bien —la animó su madre.

—Es solo que no acepto que no vaya a volver a verlo. Siento como si no hubiese terminado —se

retocó el maquillaje. No era necesario que dijera un nombre, las dos sabían de quién se trataba.

—Fueron solo unos días, pequeña. El problema es que ni siquiera habéis podido despediros —su

madre la cogió por los hombros y le dio un suave apretón—. Lo que tienes que hacer es ir a la

comisaría y tratar de verlo. Ha pasado mucho tiempo, no creo que su carrera siga en la cuerda floja por

lo que pasó.

—De verdad crees —abrió mucho los ojos, esperanzada.

—Sí, y lo más importante, tú también —su madre le ofreció una sonrisa tranquilizadora, a la que

ella respondió con otra resplandeciente. Lo haría, lo buscaría. Y pasara lo que pasara, dejaría de sentir

ese vacío.

Se puso unos pendientes con diamantes incrustados, con el famoso amarillo y blanco de Graff,

largos como su cuello y un brazalete a juego, todo prestado por su tienda en Nueva York. Una última

mirada y se dirigió hacia la puerta que ya había abierto su madre. Al salir, divisó a tres hombres.

Todos con perfectos trajes a medida en negro, dos hablando al fondo del pasillo a la derecha y otro al

fondo a la izquierda dando la espalda a ella misma y al resto. Destacaba por su corpulencia. Esa

espalda le recordaba a otra ¡Dios, esto iba a ser una tortura!

—Cariño, luces, cámara, acción —bromeo su madre.

—Vamos allá —correspondió ella, caminando hacia el grandote. Supuso que este la seguiría a ella

y los otros dos irían tras Peter y Elliot. Sus compañeros, que en la serie hacían el papel de pareja, en la

realidad no se podían ni ver y ella mediaba habitualmente entre sus disputas.

Los tacones no resonaban en la mullida moqueta del pasillo, así es que cuando estuvo detrás del matón, hizo carraspear su garganta para hacerse notar. El muro de carne no se movió en lo más mínimo. Ella se sorprendió al comprobar que su aroma la estaba aturdiendo. Se atrevió a rozarle la espalda con la mano, para que se diera cuenta de que estaba allí. Inmediatamente notó la rigidez que lo invadió. ¿Por qué le había resultado familiar el contacto? Pronto quedó respondida la pregunta.

Lo observó darse la vuelta despacio, muy despacio. Su mano no quiso retirarse del contacto y terminó alojada en el estómago de él. Comenzó a temblar en el momento en que se dio cuenta de a quién pertenecía esa espalda, no entendía nada, pero no le importó. Se abalanzó sobre él intentando abrazarlo, pero Eugene, se movió para dar un paso atrás. Hábilmente se hizo a un lado y le señaló la escalera.

—Puede bajar, no hay peligro —le dijo, en un tono tan frío que habría podido helar el infierno. No dejó de mirarla a los ojos durante los eternos segundos que duró la escena.

Ella había sentido cómo su corazón saltaba de su pecho, quería adherirse a él, pero era evidente que

Eugene había construido un muro entre los dos. Ginger sintió un escalofrío en su desnuda espalda al ver la cicatriz que surcaba ahora su cara. Todo había sido culpa suya. Lo incitó, lo distrajo y propició que Mae quisiera matarlo. Seguía sin moverse del sitio, mirándolo con la boca entre abierta.

Necesitaba pensar que él también se estaba conteniendo. No podía estar enfadado con ella, tenía que

saber el sacrificio que había hecho por él y por su carrera. O tal vez no. Tal vez, simplemente le recordaba su debilidad. ¿Y si él no sentía lo mismo que ella? ¿Y sí?

Lo supo en cuanto lo vio desviar la vista hacia el salón bajo la escalera. No la quería, la aventura había terminado. Bien, ella era una magnífica actriz, ¿no?

—Señorita, será mejor que baje. Yo la seguiré y la protegeré. Me guste o no, ese es ahora mi

trabajo y lo haré bien. Esta vez, lo haré bien —volvió a mirarla a los ojos para continuar—. Y cuando termine el día de hoy, se habrá acabado.

—No se preocupe, recibirá un cuantioso cheque por su trabajo, lo haga bien o mal —al pasar

delante de él se paró un momento y lo miró directamente a los ojos—. Y esta vez, no tendrá premio de consolación, señor matón de barrio.

Vio cómo apretaba la mandíbula hasta que le chirriaron los dientes. El músculo allí alojado le

tembló por el esfuerzo. Gin se sintió muy satisfecha de sí misma, había dado donde dolía, aunque su corazón continuó encogido.

Una mano firme agarró por el brazo a Gen, él miró por encima de su hombro y vio a una mujer

guapa y delgada de estatura media y con la misma sonrisa que su chica. No, no era su chica.

—Joven, si vuelve a hablar a mi hija en ese tono, le voy a dar tal patada en ese hermoso trasero

suyo que no va a poder sentarse en un mes.

Gen, no pudo más que abrir la boca para intentar serenarse. La mujer continuó su camino y se

enganchó en el brazo de su hija. Qué tenían las mujeres mayores con su culo, se preguntó. Dios, esto

apenas acababa de empezar y ya le dolía la cabeza. Respiró hondo y la siguió.

Tenía bien controlado el salón, el grupo de fans se agolpaban en la puerta de entrada, se oían gritos

y se veían algunas pancartas. Aparentemente nada fuera de lo normal. Se acercó a ella hasta que pudo

inhalar su aroma. Al llegar a la puerta de los salones se adelantó y la cogió por la cintura.

Gin sintió su mano encima de la cadera y un escalofrío la recorrió hasta hacerla encoger los dedos

de los pies. Alzó la vista para mirarlo. Él tenía la vista fija en la puerta que se abrió en ese momento.

El auditorio estaba repleto, la gente se puso de pie y comenzó a aplaudir. Los flashes de las cámaras la

deslumbraban, pero aun así pudo distinguir la figura de Rob, que se acercaba a ellos con el ceño

fruncido.

—¿Y usted es? —preguntó dirigiéndose a Gen.

—Seguridad, señor. Usted me contrató —contestó sin molestarse en mirarlo.

—Sería apropiado que quitara usted sus manos de la señorita —la cara de Gen reflejó cierto

aturdimiento. La miró a ella, algo descolocado. Gin decidió atacar.

—Se ha extralimitado, señor seguridad. Me veré obligada a informar a su jefe —disfrutó del

momento en que él apretaba la boca.

—Le pido disculpas, señorita —contestó sin retirar la mano de la cintura.

—¿Y bien? ¿Voy a tener que ayudarle a soltarla? —insistió Rob. Gin vio a Gen mirarse la mano,

como si perteneciese a otra persona, como si tuviera vida propia.

—Por supuesto que no —la soltó y ella sintió un puñal de hielo en el lugar cálido que antes

ocupaban los dedos de él. Suspiró, alzó la barbilla y caminó entre las mesas, saludando, sonriendo y besando aquí y allí.

Gen registró todos y cada uno de los rostros que se le acercaban, se fijó en los ridículos bolsos e

hizo inventario de las armas que podían guardar. Cuando llegaron a la mesa quiso retirarle la silla,

pero el hombre del pelo blanco, que parecía tener algún derecho sobre ella, se le adelantó.

—Acompáñeme un momento —le ordenó cogiéndole por el codo. Gen hizo un esfuerzo sobre

humano para no tumbarlo de un puñetazo. Ese tío le caía realmente mal. Llegaron a una zona apartada

del comedor. No le quitó la vista de encima a su chica mientras el tipo comenzaba a sermonearle. Ella

hablaba con su madre que se había sentado al lado. Más gente entró y el auditorio se puso de nuevo en

pie; más aplausos, más fotos

—¿Me va usted a traer problemas? —le preguntó el tipo.

—No sé de qué me habla.

—Eugene, ¿ese es su nombre, verdad? —Eugene, no contestó, no hacía falta—. Eugene, siempre

investigo al personal que contrato. Sé quién es, sé por qué le han sancionado —a Gen le tembló el

puño cerrado con el que no quería pegarle al jodido tipo.

—Diga lo que tenga que decir de una vez.

—Solo le he contratado para devolver un favor. Quiero que sepa que le voy a tener vigilado toda la

noche. Ella no era nada, he invertido dinero y tiempo en la mocosa, ahora me pertenece. Alguien como

usted no entra en mis planes, y menos en este momento. Aléjese o terminaré de hundirlo. Créame, no

me costará nada.

—No debería haber dicho eso —contestó Gen, con una enigmática sonrisa.

—¿El qué?

—Mocosa. No me gusta que me llamen mocosa —Rob se dio la vuelta alarmado al escucharla contestar a sus espaldas.

—Cariño, no era eso lo que quería decir, este tipo

—Cállate y sonríe. Tú no, tú para de sonreír de una puta vez —pasó de uno a otro.

—No has cambiado tanto, sigues necesitando unas clases de lengua —se rió Gen.

—Tú no me las vas a dar, desagradecido hijo de —él no se contuvo más. La agarró por los hombros

y girándola la pegó contra la pared sin delicadeza alguna. Gin no pudo continuar hablando porque

tenía los labios duros de su hombre pegados a los suyos propios. Abrió la boca con ansiedad, recibió

con gusto las clases de lengua que le estaba regalando. Se aferró a él, como a un salvavidas, pegándose

a su cuerpo, acariciando su espalda, amoldándose a él.

No se dieron cuenta del silencio que se hizo en la sala. Ni del posterior revuelo, ni de cómo los

periodistas abandonaban sus asientos cámara en mano y comenzaban a disparar.

—¿Estáis promocionando una nueva versión de *El guardaespaldas*? —preguntó alguien.

—¿Es tu novio?

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

—¿Te vas a casar?

—¿Cómo se llama?

Eugene recuperó el control de la situación a duras penas. Cuando dejó de besarla, la miró a los ojos.

Le sostenía la cabeza entre las manos y sentía su respiración entrecortada.

—Tenemos que salir de aquí —sugirió Eugene.

Capítulo 14

BETTY y Jack

Jack se dirigió al mostrador de las enfermeras. Esperaba encontrar allí a Betty. En los dos últimos meses había visitado el lugar a menudo; unas veces por necesidad, otras con el único propósito de verla.

Sentada frente al ordenador estaba Joanna, una mujer afroamericana de unos cincuenta años, rotundas curvas y sonrisa fácil, que lo trataba como si lo conociera de toda la vida.

—Hola tesoro, ¿cómo tú por aquí? —se rió de él. Jack apoyó en el mostrador la mano sana, la otra

la escondía habitualmente en el bolsillo del pantalón, nunca lo reconocería pero le dolía la mirada de

pena que le dirigían la mayoría al ver las marcas de quemaduras del ácido.

—Quiero me gustaría ver a Betty.

—¿Por qué te empeñas? Sabes que Betty es la única mujer en el mundo que no se apiada de ti. Yo

te lo daría todo, si me invitas a salir —bromeó la mujer.

—Dios mío, ¿acaso crees que soy un perverso, o es que te has propuesto que me detengan por

corrupción de menores? —continuó él con la broma.

—Esta chica tiene que estar loca para no adorarte, ¡Betty! —la llamó.

—¿Qué quieres? Te he dicho que estaría ocupada con —en ese momento alzó la vista. En cuanto lo

vio entrecerró los ojos y se colocó las gafas en su lugar.

—¿Qué quieres, Jack? Aún no tienes que quitarte la escayola. Y te he dicho mil veces que no voy a

salir contigo, así es que si

—Cállate —le ordenó.

—¿Perdón? —evidentemente, la había sorprendido con el tono cortante. No se lo esperaba. Él

siempre se mostraba divertido, encantador y conquistador con ella. Pero había tomado una decisión y

la iba a mantener, a pesar de que los ojos de gata de la joven lo estuviesen mirando como si se hubiese

convertido en un extraterrestre.

—He venido a decirte que se acabó —ella alzó las cejas todo lo que le dio de sí la frente.

—¿El qué? —preguntó.

—Esta relación nuestra, tiene que terminar.

—Nosotros no tenemos ninguna relación —Betty, trataba de recomponerse.

—Me gustaba venir aquí y que me maltratasen, te metieses conmigo, me ignorases o me insultases,

porque porque me hacía sentir normal. Es lo que hiciste cuando te conocí, antes de lo del almacén y

nunca me has mirado con cara de pena, ni has intentado curar mis heridas.

—De hecho —lo interrumpió—, soy la que ha curado tus heridas.

—Hablo de las heridas del alma y lo sabes —ella volvió a enmudecer.

—Sabía que no podría tenerte nunca y por eso seguía intentándolo, era más fácil decirme a mí

mismo que no estoy con ninguna mujer porque la única que quiero no me desea, que reconocer que no

puedo tirarme a ninguna, no, desde aquel día. No, desde lo que vi Pero todo eso pasó. He estado

pensando y se va a acabar, aquí y ahora. Pensé que era justo que lo supieras.

—¿Piensas tirarte a alguien aquí y ahora? ¿Qué tal esa rubia de allí? Te mira como si fueras una

piruleta. Seguro que le interesa más que a mí tu triste historia.

—¡Betty, te estás pasando! —la advirtió, Joanna, poniéndole una mano en el brazo.

—Tranquila, Joanna. Me lo merezco —reconoció.

—¡Déjame en paz de una vez, polizonte! —exigió Betty.

—¡Dios! He estado francamente mal, ¿verdad? Te he dejado que me trataras como a una mierda.

No solo te he dejado, sino que volvía a por más ienes que saber que tus ironías no son graciosas. Eres

dolorosamente hermosa y terriblemente cruel. Solo aclárame una cosa, si tanto me odias, ¿por qué

venías a verme y a hacerme las curas todos los días?

—Trabajo aquí, ¿recuerdas?

—No en la planta de quemados. No en tus días libres. No durante las veinticuatro horas del día.

—Aunque pienses que soy una persona horrible, no lo soy. Sé cuándo alguien me necesita y tú me

necesitabas. Es algo vocacional, no romántico.

—De acuerdo, pues te libero. Gracias por tu dedicación pero ya no te necesito. No quiero volver a

verte nunca. Adiós, señorita Rached —le cogió la mano a Joanna, y la besó—. Ha sido un placer, si

alguna vez decides dejar a tu marido, avísame.

Justo antes de salir por la puerta, algo impactó en su espalda. Se volvió, miró al suelo y vio un bote

de coca-cola usado como reposa lápices. Buscó a Betty con la mirada. Por primera vez la vio

descompuesta, sus ojos reflejaban ira y miedo a partes iguales, su boca de fresa entreabierto, estaba

siendo mordida con fuerza por sus pequeños y blanquísimos dientes. Le gustaría tanto pasar la lengua

por ellos no, no iba a ir otra vez ahí. No iba a tratar de recorrer de nuevo ese camino. Se agachó,

recogió el bote y se lo entregó a un chico que había cerca.

—Devuélvele esto a esa señorita, se le ha caído —y se fue. Consciente de las muchas miradas, que

los observaban a ambos. Sabiendo que en ese momento ella era vulnerable y habría podido pero no.

Fin.

—¿Quién es la señorita Rached? —le preguntó Betty a Joanna, haciendo esfuerzos por no dejar caer las lágrimas.

—La enfermera de una maravillosa película llamada *Alguien voló sobre el nido del cuco*. ¿No la has visto?

—No.

—Ya. Mejor así. ¿Betty?

—¿Sí?

—¿No crees que es hora de que olvides el pasado?

—No.

Capítulo 15

Y ahora qué

—Ginger, si se te ocurre dejarme plantado, lo lamentarás. Tienes un contrato —la amenazó Rob.

—Yo Eugene, espérame en la habitación —imploró Ginger.

—No. Yo lo arriesgué todo por ti.

—Pero mi carrera esto puede esperar —le dijo sosteniéndose sobre su pecho.

—De acuerdo. Adiós —le dio un tierno beso en la frente. El resto del personal de seguridad se hizo

a un lado y él salió con la cabeza hundida en los hombros.

Estaba claro, ahora era definitivo, ella no se sentía como él. Había visto en su mirada y en la forma

de responder a su beso que seguían teniendo química, pero no algo más profundo y menos ahora que

ella era famosa, una jodida estrella. De cualquier forma él había cambiado para siempre, hasta su

forma de hablar. Tenía que replantearse su futuro.

No fue a la habitación, no iba a humillarse más. Se iría a casa y se escondería durante una semana.

Sonó el teléfono, al ver el número suspiró. ¿Por qué no podía enamorarse de Linda? Era la chica

ideal. Dulce, tierna, comprometida, dispuesta a darle todo lo que quisiera.

—Hola, Linda —saludo al descolgar.

—Hola, Gen. ¿Dónde estás? ¿Me harías un favor?

—Dime.

—Se me ha atascado el fregadero. ¿Puedes venir a arreglarlo?

—el silencio inundó la línea.

Últimamente habían jugado a eso unas cuantas veces; ella le pedía ayuda con algunos recados, él se la

daba gustoso, una cosa llevaba a la otra y la otra a ninguna parte.

Se sentía exhausto cuando llegó a casa. Una figura descansaba agazapada en la sombra del pasillo

de su apartamento. Sacó su arma por si acaso y se acercó con cuidado.

Jack tenía un aspecto horrible. No había vuelto a ser él mismo desde que lo encerraron en aquel

almacén y lo peor es que se negaba a hablar de lo sucedido.

—Será mejor que entres, la gente va a pensar que somos amantes.

—Tal vez deberíamos intentarlo.

—Tal vez —asintió tendiéndole la mano.

—Seguro que nos iría mejor. Fumaríamos puros

—No fumo.

—Pues beberíamos cerveza

—Todavía siento nauseas cuando pienso en la última borrachera.

—Pues veríamos fútbol.

—Eso me gusta. Pasa —una vez dentro, preparó café, le ofreció una taza a su compañero y se sentó

a su lado en el sofá—. ¿Estás preparado para hablar?

—La he dejado —confesó.

—¿A quién? —quiso saber él.

—A Betty. ¿Te puedes creer que va y me dice que no teníamos ninguna relación?

—Debe de estar loca.

—Sí. Eso pensé yo.

—Cuéntame lo que pasó en ese almacén.

* * *

—Deja de pasearte, Ginger. Me estás poniendo nerviosa.

—Dijo que me esperaría, mamá. Lo dijo.

—No lo creo, más bien dijo adiós —un sonido de rabia salió de la garganta de su hija. Esta chica iba necesitando una buena zurra.

—¿Ves cómo es? Pretende que lo deje todo, que arriesgue mi carrera y —el teléfono volvió a sonar.

—Es Rob, otra vez, deberías mandarlo a eso que dices tú.

—Lo haré. En cuanto hable con mi abogado. Ayer se pasó de la raya, sin duda —un sonido desvió su atención hacia la puerta.

—Voy yo, ponme una tortita más, hija. Qué raro, han colado un sobre por debajo de la puerta.

—¿Qué es? —preguntó Ginger a la vez que se lo arrebató de las manos a su madre.

Dentro había una revista. En la portada, Gen le estaba dando un beso arrebatador, era la mejor

escena de amor de la historia. Sabía que pasaría eso, pero no imaginaba quién se lo habría mandado a su casa y de forma anónima.

—Cielo, no te asustes —le dijo su madre.

—¿Y por qué iba a? —entonces vio la nota.

«ESTO TE VA A COSTAR CARO. ME LO PAGARÁS. ERES MÍA.»

—¡Dios mío! Tengo engo que llamar a Rob, él se encargá.

—No.

—¿No?

—No. Llamaremos a tu padre y nos acompañará a comisaría. Haremos las cosas como las hace la

gente normal, estoy harta de tanta parafernalia y además no me fío de él. Buscaremos a tu poli.

—No.

—Sí —le enseñó la revista—. Dijo la verdad a pesar de que estaba tirando su carrera por el inodoro, cosa que no hiciste tú. Te besó con adoración, ese hombre mataría por ti. Es lo que necesitamos.

Capítulo 16

¿FIN?

El timbre de la puerta sonó estridente. Soltó las pesas, se secó con la toalla y fue hacia allí. Todavía

se sentía conmocionado por lo que le había contado su amigo, era increíble que se hubiera mantenido

tan entero. Al pasar al lado del sofá, le tapó de nuevo con la manta. El timbre volvió a sonar.

Abrió la puerta con la pistola en la mano.

—Puede que no sea la mejor de las novias, pero tampoco es como para que me mates.

—¿Las estrellas madrugáis tanto habitualmente? Un momento ¿novia? Debes haberte vuelto loca.

—No. Según esto nos vamos a casar. Gracias por la publicidad, bruto insensible. ¡Te largaste! —le estampó la revista en el pecho.

—No grites. Jack está durmiendo —ella levantó una ceja—. No voy a darte explicaciones. ¿A qué has venido?

—Mira la portada.

—Lo siento, no debí hacerlo. No volverá a pasar. ¿Desea algo más su majestad?

Ella le cogió la mano y puso en ella la nota.

—Necesito un guardaespaldas —le dijo.

Gen, miró la nota y luego la miró a ella.

—Definitivamente, has perdido la cabeza.

—¡Ginger, princesa! —se sorprendió Jack, al despertarse.

—¡Jack! Pero, ¿qué te ha pasado en el brazo, y la mano? ¡Oh, Dios! Yo Dame un abrazo —él se

levantó del sofá y la abrazó fuerte.

—¿Pero qué demonios?! —oyeron gritar a Gen.

Ella les contó cómo había llegado hasta sus manos.

—Iré a su hotel a recoger algunas cosas y se las traeré aquí

—No, no. Prefiero no correr riesgos. Nos arreglaremos con mi ropa. Después de todo, ya está

acostumbrada, ¿verdad, cariño?

Ella forzó una sonrisa.

—De acuerdo. Iré directo a comisaría a ver qué averiguo y os tendré al corriente —en cuanto salió

por la puerta, el teléfono de Gin comenzó a sonar. Gen se lo arrebató de las manos y se dirigió al baño.

El móvil última generación, terminó en el wc.

—¿Pero, qué haces? ¿Estás loco?

—Es la forma más fácil de saber dónde estás —le dijo mientras intentaba detener los golpes que

ella le estaba propinando.

—Bastaba con apagarlo, idiota.

—Cierto, pero así he disfrutado más.

—Eres un... un...

—Un hombre que está loco por ti —la cogió en brazos y ella le rodeó la cintura con las piernas.

—Yo... lo siento. Lo de ayer...

—Han pasado meses. Dime por qué, necesito saber por qué no viniste a verme al hospital, ¿acaso te

importo aunque sea un poco? ¿Soy un pasatiempo? ¿Qué quieres de mí?

—Te quiero.

—Tienes una forma extraña de demostrarlo —se apoderó de sus labios, metió su lengua en la dulce

boca de Gin, que lo acogió con ansia. Ella se aferró a su pelo y tiró intentando respirar pero la presión

de Gen era demasiado fuerte.

—Para, tengo que contarte... Yo... deja que te explique...

—No quiero saber los peros. Ahora no, no puedo más. Me voy a morir si no me tocas —cogió una

de las manos que tiraban de su pelo y la colocó en su bragueta. Era cierto que estaba a punto de

explotar. No sabía qué pasaría después. Si ella se iría y lo dejaría de nuevo. Si se quedaría hasta que

descubrieran quién estaba detrás de la carta, pero no le importaba. Cogería lo que ella quisiera darle y

lo atesoraría como el mejor recuerdo de su vida, junto con aquella noche, la primera en que la tuvo.

Le apretó el trasero con ambas manos y se frotó contra ella.

—Tengo que encerrarte más a menudo.

—Llévame a la cama —le exigió.

—Esa es una gran idea.

La llevó en brazos, así como estaban enredados cayeron sobre el colchón. Subió la falda de su

vaporoso vestido para poder bajarle el minúsculo tanga.

—Adoro estas cosas —afirmó propinándole pequeños bocaditos en el cuello, a la vez que

acariciaba las prietas nalgas que tanto le habían gustado. Que tanto le gustaban. Tenía que probarla,

necesitaba su sabor inundando su garganta, quemándole por dentro.

Pero primero iba a marcarla. Tenía que salir de allí con su sello, sabía que después ella lo iba a

matar, pero le daba igual. No le bastaba la portada, todo el mundo tenía que saber que era suya, aunque

después lo dejase. No quiso pensar más. Clavó los dientes como si fuera un vampiro chupando su cuello, llevándose su sangre, su alma.

—Ah —ella suspiró profundamente y él casi se corrió en los pantalones. Bajó por el maravilloso

cuerpo, desgarrando el vestido para obtener mejor acceso a su carne. Y por fin llegó al objeto de su

deseo. Olía a deseo. Lo acarició con cuidado. Lo abrió e introdujo un dedo para extender la humedad

que allí encontró. Ella se arqueó en respuesta y Gen aprovechó que alzaba las caderas para capturarla.

Mojó con su lengua la rosada vulva mientras introducía otro dedo. El néctar que ella le estaba

dando era el manjar más exquisito que había probado jamás. No podría renunciar a él. Se daba cuenta.

Se incorporó cerniéndose sobre ella.

—Voy a tenerte, ahora.

—Sí, sí

—Mírame —le ordenó. Ella alzó la mirada hacia él en la oscuridad.

—Por favor...

—No voy a renunciar a ti. No puedo —se colocó encima para penetrarla.

—Hazlo ahora, vamos, te necesito.

—¿Has oído lo que te he dicho?

—No has escogido el mejor momento. Quiero...

—No voy a renunciar a ti. Mataré al capullo que te amenaza y a cualquier otro que quiera hacerte

daño. Pero si alguno intenta tenerte, antes de matarlo lo haré sufrir, mucho.

—Ahora...

—¿Estás preparada? —le agarró la cabeza por el pelo, obligándola a mirarlo.

—Sí —confesó ella.

—Hablo de todo. ¿Estás lista para mí? ¿Para tenerme? ¿Para quedarte conmigo?

—Dios estás haciendo trampas, no puedo pensar

—Solo tienes que sentir. Todo o nada, nena.

La apuesta había sido fuerte, casi se muere de miedo durante el segundo que ella había tardado en contestar.

—Todo. Ya.

Eugene, entró en ella y en esa nueva vida que les esperaba juntos. Una vida sin duda interesante. No

sabía cómo iba a poder vivir con una estrella de cine, él, un simple poli de barrio. Era más seguro

cuando pensaba que se dedicaría a la bici para siempre, pero tenía que estar con ella como fuera. La

fuerza arrolladora que les envolvió les llevó a confesarse su amor mutuo. Eugene estaba más que

dispuesto a adorarla, y no había mentido, mataría al tipo del anónimo. Entonces pensó que

probablemente tendría que matar a muchos tipos más.

Hicieron el amor durante horas, en la cama, en la ducha, en el sofá hasta que sus piernas

comenzaron a no sostenerlos.

—Será mejor que comamos algo —sugirió Gen.

—Estoy de acuerdo, sé un buen chico y prepárame un café. ¡No, espera! Recuerdo esa agua sucia a

la que tú llamas café.

—¿Prefieres un té?

—¡Puaj! —ella se estiró en la cama completamente desnuda como estaba. Eugene, volvió a la vida.

—Tal vez podamos esperar un poco.

El teléfono decidió por ellos.

—No lo cojas —pidió Gin.

—Podría ser Jack —se giró y mostrándole su impresionante trasero se fue al salón a descolgar el

aparato.

—¿Qué sabes? —contestó al ver el número en la pantalla.

—¿Quieres la noticia buena o la mala?

—Jack...

—Está bien, primero la buena. Sabemos quién es.

—¿Quién?

—Rob, el agente o productor, o lo que sea...

—¿Por qué no me sorprende? ¿Y la mala?

—Ha escapado. Esta mañana cogió un avión hacia algún país del sur.

—Estupendo, así podré matarlo con mis propias manos.

—En realidad, no tenemos mucho contra él. No le caería mucho por el anónimo. Lo sabes.

—Sí, lo sé.

—¿Se lo vas a decir a ella?

—Sí, es fuerte, lo aceptará —unas delicadas manos le rodearon la cintura y bajaron a sitios más sensibles.

—Hum —murmuró en su espalda mientras lo acariciaba con la lengua.

—Tengo que dejarte, Jack. Gracias—. Apretó la tecla roja sin contemplaciones.

—¿Podemos salir ya? —preguntó mientras continuaba su recorrido con los labios.

—Eh no enemos que esperar unos días —Ella sonrió con malicia.

—Bien, no me apetece enfrentarme al mundo todavía —de rodillas frente a él continuó besando y

lamiendo, hasta que consiguió oírlo gritar, mientras le agarraba el pelo con fuerza.

—Tenemos muchas cosas que resolver, Gen —le dijo metiendo cosas en la maleta.

—Después, cuando volvamos de Las Vegas. Una vez casados nos enfrentaremos a todo. Tendremos

más fuerzas juntos, créeme.

—Mi madre ya te quiere, mi padre te va a acribillar, la prensa... no quiero ni pensarlo.

—Pues no lo hagas —le contestó abrazándola.

—¿Y si a tu tío no le gusto? Y esa chica con la que estuviste mientras ya sabes, tendré que verla, cuando vayamos por la residencia.

—Deja de preocuparte, es una buena chica, no te dará problemas —la besó en la frente.

—Y si nunca encontramos a Rob. ¿Crees que intentará algo?

—Estoy seguro de que no sabe lo que le espera si vuelve —prefirió no confesarle que seguía

buscándolo y que cuando lo encontrara

—Esa película

—¿Qué? —acunó su cara en las manos.

—¿Podrás soportar las escenas? Ya sabes

—Probablemente me volveré loco, y te volveré loca a ti. Es posible que algún pobre desgraciado se

lleve un puñetazo, pero nada más. ¿Satisfecha?

—No estoy segura.

—Te quiero y te tengo, eres mía. Yo soy tuyo. Es todo lo que importa.

La envolvió en un tierno abrazo, que dejó de ser tierno en cuanto ella le agarró el trasero con sus pequeñas y viciosas manos.

Eugene sonrió aún con los ojos cerrados, pensó que la Navidad le había traído el mejor regalo

sorpresa posible, esa chica, su chica, su mujer.

FIN

Document Outline

PORTADILLA

Créditos

Contenido

Capítulo 1. El paquete

Capítulo 2. ¿Tregua?

Capítulo 3. Destellos

Capítulo 4. Y llegó la tregua

Capítulo 5. ¿Y tú quién eres?

Capítulo 6. La decisión

Capítulo 7. Cuando todo terminó

Capítulo 8. La resaca

Capítulo 9. El tiempo se pierde

Capítulo 10. Y la vida sigue

Capítulo 11. Una vida nueva

Capítulo 12. La herradura

Capítulo 13. Tenías que ser tú

Capítulo 14. Betty y Jack

Capítulo 15. Y ahora qué...

Capítulo 16. ¿Fin?